

Universidad Nacional de las Artes
Departamento de Artes Visuales

Licenciatura en Artes Visuales - Orientación Dibujo

TEXTURA ÍNTIMA

Tres proyectos sobre el cuidado de sí

Emilia Molina

Directora: Alejandra Bocquel

2021

A mi papá, sin cuyo apoyo y confianza mi perseverancia
en los oficios artísticos -y por ende mi persona-
no hubiera sido la misma.
A mi mamá, la primera escritora que conocí,
por enseñarme a amar la lectura.

PRÓLOGO

*Conocerse a una misma es conocer el mundo, y es también,
paradójicamente, una forma de exilio del mundo.
Sé que es esta presencia de mí misma, este autoconocimiento,
lo que me hace dialogar con el mundo a mi alrededor
por medio de la creación artística.*

Ana Mendieta

Cada vez creo más que lo que hago como artista es una manera de unir todos mis intereses, las cosas que me gusta hacer desde chica junto con aquello que he ido adquiriendo a través de los años. No me gustaría llamarlo una evolución, no sólo porque no lo es, sino porque además daría la impresión de que los juegos de la infancia no involucran un alto nivel de seriedad y compromiso. Para mí ha sido una gran satisfacción descubrir que, casi sin pensarlo, encontré una manera de seguir rodeándome de lo que me ha gustado hacer desde que tengo memoria.

Pero no fue un recorrido lineal —sigue sin serlo— ni sencillo. A riesgo de generalizar en vano, me atrevo a decir que el primer desafío a la hora de lanzarse a desarrollar una actividad desde un compromiso individual es que hay que olvidar de lo que nos dijeron que había que hacer, pensar, decir. Durante mi primer año en la universidad, tomé conciencia de que había elegido desarrollar académicamente un interés, y que ese interés era lo que se llama arte. Yo, que tenía una formación básica en artes visuales, no había pensado nunca en qué significaba ser artista. Mi primera actitud fue hacer lo que me enseñaron que hay que hacer al iniciarse en el oficio: copiar algo, a alguien, tomar un modelo. Ejercí durante varios años ese rol de aprendiz vagabunda, imitando métodos y ritmos de trabajo de personas cercanas que

admiraba. Todo aquel que volcaba completamente su interés y espíritu en lo que hacía, me obnubilaba. En aquel momento todo lo que realizaba se sentía extraño, ajeno. Solía frustrarme seguido porque quería ser artista pero más que nada quería saber qué era eso que se ocultaba detrás de mí cada vez que dibujaba o pintaba, y me susurraba “no, no es por ahí, estoy en otra parte”.

Hizo falta la distancia para que pudiese apreciar que cada desilusión, cada persona con la que hablé, todo lo que ví, los libros que leí, la música que escuché, las relaciones que comenzaron y las que acabaron, cada una de las decisiones que tomé dibujaron un mapa, un recorrido ineludible.

En retrospectiva, ese recorrido podría leerse como una sucesión predecible de decisiones. Siempre me gustaron los libros y a medida que pasaban los años me gustaban más, por lo que cuando me mudé a un departamento en la Avenida Corrientes empecé a recorrer diariamente las librerías, y a comprar no sólo material de lectura sino también libros que me parecían interesantes como objetos. En paralelo, cursé Grabado en la Universidad y tuve que realizar como trabajo de fin de cursada un libro de artista. Para eso, tuve que enterarme de qué era un libro de artista porque nunca antes había escuchado hablar de eso en mi vida. Combiné entonces los libros que compraba por fetiche con este nuevo conocimiento.

Ya en mi primer libro de artista, los dibujos y las imágenes recordadas, se encontraban con palabras, frases que yo escribía al revés por timidez. Saber que nadie iba a poder leerlo hizo que algunas de las cosas que escribí allí sean de las más crudas y sinceras que he escrito nunca. Creo que en ese momento comenzó a esbozarse la definición que tengo hoy en día de mí misma: una artista que trabaja en el cruce entre la escritura, la lectura, las artes visuales y la vida cotidiana.

Durante un buen tiempo me contenté con haber salido de la incertidumbre de no tener un objetivo, y sobre todo de haber podido conectar mi trabajo artístico con aquello que yo siempre había hecho para sentirme bien y comunicarme conmigo misma: escribir.

Una obra me llevaba a otra, una lectura a otra, cada palabra que escribí afirmó mi recorrido como pasos que se dan en una dirección que sólo puede conocerse al andar. Comprendí que cada uno de mis trabajos era un registro de un momento de mi vida y un día quise que ese registro fuese accesible, no sólo para quien viera lo que había hecho, sino para mí. La primera obra que hice en la que, finalmente, podía leerse lo escrito fue “Cobijo”. Luego de eso, como si fuese un umbral, nunca volví a escribir al revés. Pero además, me afirmé en mi escritura y empecé a tratar de deshacerme -no sé si lo he logrado- de esperar que ella sea aceptable, correcta, de “escritora-escritora”. Me sujeté a ella como práctica existencial, bajo la certeza de que escribir mis ideas, mis planes, mis consejos a mí misma, era la mejor manera de construirme. Me volví mi propio objeto de estudio.

En paralelo, comencé a interesarme por la filosofía. No llegué a ella porque tuviera una pretensión académica o un afán snob, y de hecho para hacerlo tuve que derribar el prejuicio que yo misma me interponía, diciéndome que no era apta para entender filosofía. Fui haciéndolo de a poco: al principio leía sobre estética o escritos relacionados con el arte, pero esos textos nombraban a otros y mis lecturas comenzaron a encadenarse: no sólo cada vez entendía más, sino que comencé a dibujar un recorrido basándome en mis razones para acercarme a determinadas filosofías. Ante todo, lo que buscaba en ese encuentro con distintos pensamientos eran herramientas para existir.

En algún momento entre “Cobijo” y “Asuntos Pendientes”, comencé a tomar contacto con las investigaciones de Michel Foucault en torno a la construcción del sujeto en Occidente, especialmente enfocadas en un conjunto de prácticas que tuvieron una notable importancia y difusión en la Antigüedad clásica: *epimeleia heautou*, que quiere decir tener una inquietud de sí u ocuparse de sí. Una de las primeras cuestiones que atraparon mi atención fue que se trataba de una preocupación activa del individuo, no se reducía sencillamente a tener cuidado de evitar los males y el peligro, sino que estipulaba la realización diaria de determinados ejercicios (*askesis*) que buscaban producir y fijar en el sujeto un equipamiento (*paraskeue*): los discursos de verdad, que como herramientas, estarían a su disposición para lidiar con las eventualida-

des de la vida y la muerte. Esta ascesis significaba un práctica individual para cada sujeto, es decir, una ética.

La materialización de esa individualidad puede apreciarse en un dispositivo que surgió en la época, cuya repercusión tuvo un impacto similar al de la computadora: el *hypomnēmata*, un cuaderno donde se escribía lo que se había oído, leído o reflexionado en torno a temas importantes. Era el soporte mediante el cual el *logos* se hacía *corpus*, los discursos se volvían algo tangible y susceptible de ser releído cuando fuese necesario. Para producir la *paraskeue*, era fundamental tener a mano ese cuaderno y releerlo hasta fijar las verdades allí contenidas. El *hypomnēmata* constituía entonces una herramienta existencial, una especie de manual para el sujeto, construido por él. De este modo, explica Foucault (2011), lo que se persigue es la salvación en ejercicio, que incluye dos de los grandes temas de la filosofía antigua helenística y romana: la *ataraxia* (la ausencia de trastornos, el autodomínio que hace que nada nos perturbe) y, por otra parte, la autarquía (la autosuficiencia que hace que no necesitemos nada al margen de nosotros mismos). Es decir que la salvación asegura un acceso a sí mismo, un acceso que es indisoluble, en el tiempo y dentro de la propia vida, del trabajo que uno mismo efectúa sobre sí.

Según Foucault, en los siglos I y II la escritura se había convertido en uno de los elementos más importantes del ejercicio de sí que proponían varias de las escuelas de filosofía de la época, como el estoicismo:

La escritura es, por lo tanto, un elemento de ejercicio, con la ventaja de tener dos usos posibles y simultáneos. El uso, en cierto modo, para sí mismo. Puesto que en el mero hecho de escribir, precisamente, asimilamos la cosa misma en que pensamos. La ayudamos a implantarse en el alma, la ayudamos a implantarse en el cuerpo, a convertirse en una especie de hábito o, en todo caso de virtualidad física. Uno de los hábitos recomendados era que, después de haber leído, se escribiera, y cuando se había escrito, se relejera lo escrito. [...] de modo que el ejercicio que consistía en leer, escribir, releer lo escrito y las notas tomadas, constituía un ejercicio casi físico de asimilación de la verdad y el logos que

poseían. Epicteto dice lo siguiente: “Mantén esos pensamientos noche y día a tu alcance [prokheira]; ponlos por escrito y léelos” La palabra para designar la lectura era la palabra tradicional: anagnoskein, es decir, justamente reconocer [...] De modo que uno guarda sus pensamientos. Para mantenerlos a su alcance, es preciso ponerlos por escrito, leerlos para sí mismo (Foucault, 2011, p. 341)

Encontrarme con estas nociones y con el *hypomnēmata* como dispositivo, me permitió ubicar mis prácticas dentro de una línea de tiempo y un cuerpo de pensamientos; me proveyó de herramientas para comprender y expandir lo que hacía, y para modificar mi concepción de la escritura, dejar de pensarla como un oficio al que hay que dedicarse en vistas de una erudición consagratoria para pasar a hacer uso de ella como se usan los cubiertos para comer o la silla para sentarse: una herramienta de uso cotidiano.

Además, fue también mi manera de comprender que, a la hora de trabajar en mi oficio de artista, las operaciones y los materiales de los que hiciera uso debían estar supeditados a la idea, si bien hay objetos y técnicas con las que tengo cierta afinidad. Creo que por eso mi cuerpo de trabajos está compuesto por objetos e imágenes que mantienen no tanto una unidad material y visual, sino más bien conceptual y sensible.

Los trabajos que presento a continuación son tres puntos que dibujen un recorrido que más que una línea, es una raíz que va buscando espacios en la tierra, modificando su forma en pos de la adaptación y los encuentros que vayan sucediéndose.

COBIJO

*Todo es muy simple mucho
más simple y sin embargo
aun así hay momentos
en que es demasiado para mí
en que no entiendo
y no sé si reírme a carcajadas
o si llorar de miedo
o estarme aquí sin llanto
sin risas
en silencio
asumiendo mi vida
mi tránsito mi tiempo.*

Idea Villariño

No hay nada más inexplicable que mi miedo a la oscuridad. Es, al mismo tiempo, una experiencia tan común como singular. Muchas personas pueden detallar las razones por las que la ausencia de luz las intimida: las coordenadas específicas suelen estar en la infancia. Puedo entenderlo, e incluso forzar mi memoria para atar este miedo actual a un evento primitivo. Pero mi temor no tiene una verdadera explicación, puesto que nunca me ha sucedido nada en la oscuridad, más que temblar de pánico.

Con el tiempo he logrado dos cosas: domesticar al miedo a fuerza de tener varias fuentes lumínicas por habitación, siempre al alcance; y adjudicarle su razón de ser a mi profusa imaginación. Todo esto para disimular, cuando me veo obligada a declarar mi secreto, la

raíz irracional de eso que me ataca cuando estoy sola en un lugar sin luz. Y esto último es un detalle que vale la pena resaltar: es la soledad en la oscuridad lo que me hace transpirar frío, y no tanto la ausencia de luz en sí. Es la soledad, y la incertidumbre que suele ser su compañera.

Esta confesión es el prefacio de una idea. Viví durante cuatro años a media cuadra del Hospital de Clínicas, en la frontera entre Once y Recoleta, en Buenos Aires. En un radio de seis cuadras alrededor del Hospital el aire siempre está un poco más espeso, el ruido es incesante, y el contraste entre el día y la noche es brutal. Si una se aleja apenas unas cuadras en cualquier dirección, la atmósfera asfixiante se despeja. Durante mi primer año en ese lugar aprendí que siempre y cuando volviera a casa a las diez de la noche o antes, el asunto no era tan dramático. Más tarde, más oscuro, ese desierto de estacionamientos vacíos se parecía a los amenazantes bosques de los cuentos, con sus sonidos irrastreables y las sombras infinitas.

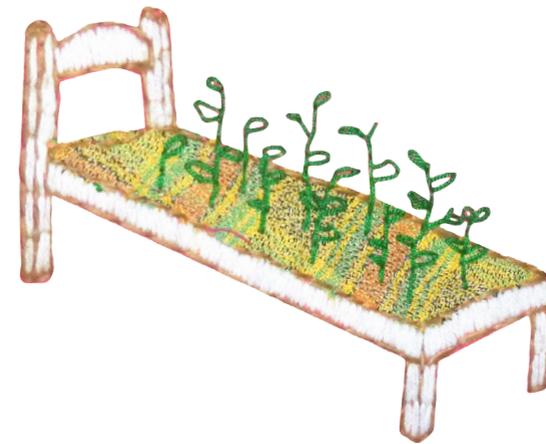
Una noche de octubre de 2015, volví a casa temprano pero con el corazón deshecho. Un nuevo desamor había marcado una cruz sobre el mapa de la ciudad y me había recordado que ante todo, y si del amor se trata, mi destino es la desilusión. Desde el colectivo, la humillación no me privó de empezar a notar que, ya cerca de mi destino, las cuadras estaban como borradas. Después de la esquina, para adentro, no se veía más nada, todo apagado. Cuadras y cuadras. Apenas había tenido tiempo de ponerme nerviosa cuando el colectivo llegó a donde debía bajarme. Titubeé en la esquina de la avenida, que todavía tenía luz. Pensé en irme a dormir a lo de una amiga pero me sentía demasiado avergonzada como para aceptar que, además de mi mal de amores, tenía miedo a la oscuridad.

Sé que corrí porque recuerdo haber temido tropezarme. Corrí cuatro cuadras sin mirar para ningún lado. En la entrada del edificio no estaba el portero y pensé que era mejor, porque yo ya estaba llorando. También me alegré de vivir en el segundo piso porque las velas que alguien había puesto en la escalera solo contribuían a resaltar la oscuridad de los pasillos. Sombras.

Apenas miré para los costados, entré a mi casa y prendí todas las velas que encontré. Tenía media botella de vino en la heladera. No sé si cené. Me senté a fumar y tomar vino en mi habitación, con una vela prácticamente pegada a la cara. Lloré despacito un rato, no sé cuánto pero para cuando terminé tenía un rectángulo de lienzo blanco del tamaño de una hoja enfrente mío, y aunque pronto me daría cuenta de que el dolor del amor podía ser mucho más punzante que ese que ahora sentía, escribí con un lápiz sobre la tela como si todo se estuviese yendo de mí en ese instante:

En realidad sí me quería ir. Siete veces y me fui porque no quería llorar por mi culpa otra vez. Una parte de mí que conozco más que a la que quisiera ser me toma de la mano y me lleva por agujeros.

Debe haber vuelto la luz porque no recuerdo nada después de eso más que irme a dormir y pensar en cómo ese pequeño pedazo de tela escrito me había abrigado tanto que casi no había sentido miedo.



ars scribendi

Guiada por la necesidad de sobrellevar la tristeza, me propuse repetir la acción que me había hecho sentir contenida. Al día siguiente de lo que relaté, empecé a escribir frases en un cuaderno. A veces eran frases que daban cuenta de lo que había sentido en el día, otras eran consejos para evitar caer en los mismos errores, otras veces era algo que había leído o escuchado y me había quedado dando vueltas en la cabeza. Cada una de estas frases es el registro en clave poética de determinados momentos/emociones/aprendizajes, en tanto que *“la poesía como exploración de lo real deposita en acontecimientos y objetos una intensa sentimentalidad, logrando así definir sentimientos y sensaciones en términos materialistas y concretos”* (Garramuño, 2015, p. 85).

Desde muy chica, he tenido la costumbre de escribir en diarios íntimos. Particularmente, de usar la escritura como ejercicio terapéutico cuando me siento abrumada por sentimientos o ideas. De manera que haber tenido el impulso de escribir sobre una tela en medio de la angustia no fue algo extraño: ya llevaba varios libros de artista realizados bajo esta premisa. Lo que no había hecho hasta ese momento, y por ende me faltaban materiales para llevarlo a cabo, era trabajar sobre tela. De modo que, en paralelo a la escritura, empecé a pedir donaciones de retazos. Para mi alegría, muchas personas se mostraron dispuestas a colaborar con mi proyecto. Esta fue una de las más tempranas retribuciones sentimentales que trajo aparejadas este proyecto: el cariño como cobijo del mundo. Qué sería de mí sin las personas que tanto me quieren.

Decidí que iba a hacer un acolchado de una plaza y media, pensado para la cama que tenía en ese momento, porque mi idea fue desde un principio hacer uso de lo que produjera con todas esas frases. Así, proyecté la cantidad y tamaño de frases que necesitaba para realizar el acolchado. Esto fue importante dentro de mi producción artística porque hasta el momento no había trabajado así. Antes de “Cobijo”, mis libros de artista partían de la idea de libro

tradicional e incluso de la intervención de libros editados. Pero a partir del acolchado, proyecté la fabricación de cada una de las páginas teniendo como objetivo un ensamblaje de las mismas que no derivaría en la construcción de un libro de formato tradicional. Para mí, sin ninguna duda, es un libro de artista y hasta el día de la fecha es el que más tiempo y energía me demandó pues tuve que idear un método de trabajo que se ajustara a las exigencias de la técnica que había decidido usar, que a su vez estaba orientada a cumplir con la funcionalidad del objeto.



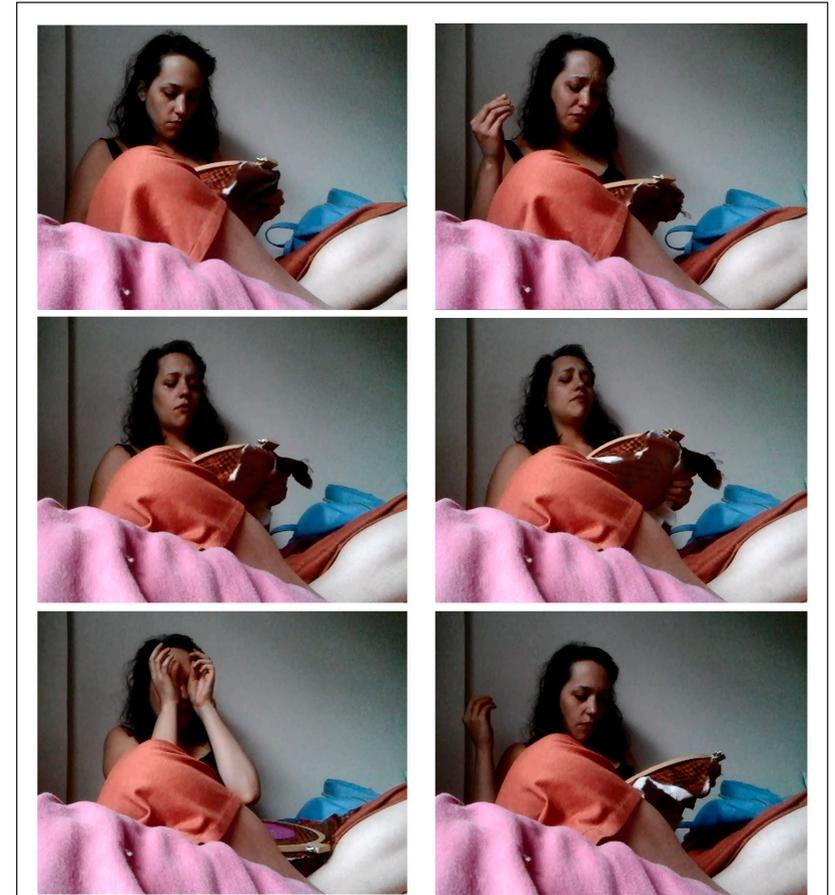
Imágenes de registro del uso del acolchado

Cada proyecto es, sobre todo, la declaración de un nuevo futuro que se cree que va a venir una vez que el proyecto haya sido llevado a cabo. Pero con el objeto de construir tal futuro, uno primero tiene que tomarse una licencia, se trata de un tiempo en el que el proyecto ubica a su ejecutor en un estado paralelo de temporalidad heterogénea [...] La vida social sigue adelante

sin importarle nada, el curso natural de las cosas continúa inmutable. Pero en algún lado, más allá de este flujo general del tiempo, alguien ha empezado a trabajar en un proyecto con la esperanza de que una vez que se lleve a cabo, alterará el estado general de las cosas. (Groys, 2014, pp. 73- 74)

“Cobijo” llevó a la máxima expresión el aislarme para poder concretar una idea. El bordado como técnica consiste en una serie de posturas corporales que requieren un estado de concentración mental y muscular. Ese requerimiento propio del oficio finalmente es el que lo volvió ideal para ser realizado por las mujeres en el confinamiento del hogar: entrenan el silencio, la paciencia y los delicados movimientos mínimos. Este acolchado implica esencialmente dos instancias corporales. Por un lado, la tensión e incomodidad de muchas horas sentada bordando, con los consecuentes dolores que ello trae aparejado; por otro, la comodidad del descanso al finalizar el proyecto. Meses de trabajo disciplinando el cuerpo para concretar la exteriorización de mi interioridad serán el preámbulo para poner el mismo cuerpo debajo de esa interioridad. Baudrillard (1969) escribe:

El objeto-símbolo tradicional (las herramientas, los muebles, la casa misma), mediador de la relación real, o de una situación vivida, que lleva claramente impresa en su sustancia y en su forma la dinámica consciente o inconsciente de esta relación, que por lo tanto no es arbitrario, este objeto ligado, impregnado, cargado de connotaciones, pero viviente siempre por su relación de interioridad, de transitividad hacia el hecho o el gesto humano (colectivo pero individual), ese objeto no es consumido [...] Veamos que lo que es consumido nunca son los objetos sino la relación misma (significada y ausente, incluida y excluida a la vez); es la idea de la relación la que se consume en la serie de objetos que la exhibe. (p. 224)



Imágenes de registro del bordado de la frase n° 32:

“Vivo en mis adentros. Debo establecer mis fronteras con el sudor de mi cuerpo, el territorio de supervivencia”



Cobijo (2017)

Acolchado de una plaza y media, compuesto a partir de treinta y cinco piezas.

epimeleia beautou

A partir de este proyecto, descubrí que concentrar mis energías en un bordado era lo más cercano a una meditación que había experimentado en toda mi vida, y esto me dio un poder inmenso sobre mí misma, casi idéntico al que me ha dado la escritura. Materialmente, “Cobijo” es un collage de telas y bordados. Poéticamente, es la materialización del deseo de crear una capa protectora que esté compuesta por elementos que puedo autogestionarme en cualquier tiempo y lugar. Es el registro de un trabajo que hice sobre mí misma.

No tuve que esperar a finalizar “Cobijo” para empezar a experimentar el abrigo. La cantidad de tiempo que me llevaba bordar cada una de las frases me obligaba a detenerme en ellas durante mucho más tiempo que el que me llevaba escribirlas. Bordar era entonces para mí, una relectura de aquello que había escrito hacía semanas o meses; era un ejercicio de memoria que no sólo me recordaba lo que había sucedido, sino que me traía una voz desde el pasado que me aconsejaba para el presente y el futuro.

“Cobijo” puso de manifiesto algo que quizás llevaba ya tiempo elaborando: que mi obra como artista visual era, y continúa siendo hasta la fecha, un trabajo que realizo sobre mí, del cual los objetos son el registro.



ASUNTOS PENDIENTES

Al terminar la secundaria decidí irme de Tandil, mi ciudad natal, para estudiar en Buenos Aires. Desde ese momento siempre ha sido un motivo de intranquilidad el estar lejos de algunos integrantes de mi familia, me invade la certeza de su mortalidad y siento que no podré despedirme. Efectivamente, todo sigue sucediendo por más lejos que una esté.

Mi abuela Ñata era una de esas personas. Ella, la madre de mi papá, fue la abuela con quien más congenié. Ñata y yo tuvimos la suerte de descubrirnos coincidiendo en varias actividades a lo largo de toda mi infancia, compartiéndolas. Me gustaba verla cocinar, tejer, coser, regar las plantas. Yo contemplaba su disfrute, esas tareas cotidianas le resultaban agradables y las hacía con soltura, como si hubiese estado habitando un mundo que se acomodaba a sus movimientos. Pienso y siento que me contagió ese amor, quizás sin quererlo, hasta que finalmente hice de esas tareas una parte fundamental de mi vida adulta.

En 2015 descubrieron, casi de casualidad, que tenía cáncer de mama. Ella lo sabía pero no había dicho nada. A veces creo que fue porque era consciente que de algo hay que morir y no quiso darle importancia para no pasar su último tiempo entre médicos, remedios y las caras tristes de su familia. Quizás intuyó eso porque fue lo que terminó pasando, a pesar que de todas las personas que conozco era quien más se merecía una muerte sencilla y parecida al descanso.

La muerte de mi abuela fue lenta y dolorosa, tuve la oportunidad de verla varias veces durante mis visitas esporádicas a Tandil e ir notando cómo empeoraba su estado de salud. No hay llamada telefónica que sirva para abarcar de qué manera la muerte gana terreno sobre los cuerpos. Proceso lento y destructivo: un cáncer que durante años permaneció dormido y cuyo despertar se devoró el cuerpo entero de Ñata. Primero fue un diagnóstico —cáncer de mama—, luego otro —metástasis—: una sumatoria de (dis)funcionamientos propios de un cuerpo que está yéndose de este mundo.

Mi abuela, orgullosamente independiente a sus ochenta y cuatro años, primero vio alejarse sus viajes por el país. Luego, el poder moverse sola por la ciudad. Hacia el final no transitó otra distancia más que la que había entre la cama y el sillón del living. El dolor fue quien se llevó casi todo: el sueño, el apetito, la conversación tan agradable que sabía dar. Sin embargo no pudo —qué alegría— robarle su última sonrisa y la calma de quien supo habitar la vejez y la muerte de la única manera que debiéramos hacerlo: es inevitable, para morir sólo hace falta estar viva. Mi abuela era profundamente estoica, aunque probablemente no sabía qué es eso, jamás conocí a alguien que aceptara de ese modo lo que ocurría en vez de alimentar la frustración de no poder controlar el destino.

Cuando murió yo estaba lejos de su cuerpo y tardó en volverse algo real. Por más que pasamos mucho tiempo viéndola irse, la llamada telefónica de mi madre me tomó por sorpresa. Esa noche lloré, al día siguiente viajé a Tandil. No asistí a su velorio pero quise estar presente para mi padre y madre. Les abracé durante dos días y me comprometí a colaborar durante las vacaciones con el vaciado de la casa de la abuela.

Por más que lo intento no puedo recordar cuánto tiempo nos llevó a mi papá y a mí esa mudanza, creo que fueron dos días que se sintieron como una semana. Sé que ahí descubrí una sincronía con él para afrontar la angustiante tarea: cajas, bolsas de basura, seleccionar

objetos y adjudicarles un destino, mover y desarmar muebles; todo lo hicimos enfocándonos en el método y con un ritmo casi mecánico que impidió detenerse a sentir la pesadez de la tarea, solo lloré a escondidas apenas unos minutos mirando por la ventana de la habitación vacía.

Todo estaba embebido por el olor de mi abuela, el mismo de siempre a pesar de haber cambiado de casa —¿sabía yo hasta ese momento que nuestros olores viajan con nosotras a dónde vamos?—; cada rincón repleto de objetos y sus significados. Cientos de cajitas, bolsitas, sobres, cartas, fotos, diarios, lanas; enseres de otra época. No puedo decir que desconociera a la mayoría: de pequeña tenía por hobby usar la hora de la siesta —negándole el descanso a la pobre Ñata, que bien merecido se lo tenía— para revisar cada uno de los armarios y cajones en una búsqueda incansable, encontrándome siempre con la pasión de mi abuela por conservar absolutamente todo, como si la casa fuese su memoria. No pude nunca concebir un criterio para guardar que no sea el de poner el corazón en todo lo que se toca. Ella fue así, yo también. Y entre todos mis objetos atesoro aquellos suvenires de siestas trucas, porque siendo una guardadora constante fue también una regaladora reincidente.

Un poco por hacerle justicia a mi curiosidad infantil, otro tanto porque de sus objetos y corazón quiero estar cerca, fue que me propuse una nueva última expedición. Y aquello que yo creía iba a estar signado por una tristeza inmensa, me sorprendió. Porque la muerte es también una serie de cajones para revisar, nadie nos lo dice, y el trazo que ella dibuja sobre la vida está compuesto de memoria y objetos. Mi abuela, santa patrona del guardar, dejó tras de sí tres asuntos pendientes, tres acciones que hacía rato aguardaban ser terminadas dentro de los armarios, pero a las cuales la muerte dejó completamente a la deriva. Un sweater rosa a medio destejer, un muñeco de losa en mal estado y un collar de perlas desarmado.



Acción I **Destejer**

(12/01/17 - 20/01/17)

Destejer y ovillar la lana de un sweater rosa encontrado dentro de una bolsa en un armario.

El comienzo de esta primera acción tuvo lugar en Tandil sobre el banco que mis padres tienen al fondo de su jardín, debajo de un cecezo. En ese lugar solemos sentarnos todos a tomar mate luego de la siesta y bajo la sombra del árbol conversamos y estamos en silencio. Los domingos mi abuela almorzaba con nosotros y luego formaba parte de esa costumbre de compartir. En ese espacio, con sus sonidos y silencios, tuvo comienzo la acción durante los primeros días de enero de 2017. El tiempo total fue de tres horas que dividí en cuatro jornadas, siendo finalizada en mi habitación tandilense, sobre la cama donde mi abuela solía dormir la siesta.

Al empezar a destejer me costó mucho: no sabía que, por lo menos este sweater, tenía un lado por el que se destejía fácil y otro por donde era imposible...quiero decir un sentido: desde abajo hacia arriba y no desde el cuello a la cintura. Fue por eso que registré la cantidad de tiempo que me llevaba y seguí haciéndolo cuando finalmente descubrí la forma sencilla y pude destejer rápidamente. Formé un solo ovillo, atando la lana que se cortaba ocasionalmente.



Acción II

Restaurar

(19/07/17 - 21/07/17)

Restaurar un muñeco de losa que, según mi tía, fue lo único que mi abuela declaró querer legarme por ser su primera nieta.

No he podido saber si este bebé de losa, bastante maltrecho, perteneció a mi abuela o a su madre. En un principio la intención había sido realizar una restauración completa del objeto, losa y ropa. Pero luego, a partir de una conversación con mi amigo Emanuel, surgió que la mejor manera de establecer un diálogo con mi abuela era, como en un devenir, imitar lo que sé que ella hubiese sido capaz de hacer. Nãta no tenía —y francamente yo tampoco— conocimientos en restauración de muñecos antiguos pero si sabía, como la mayoría de las mujeres de su generación dadas las características de la currícula escolar de los años '50, coser muy bien. Decidí entonces restaurar solo el tronco del muñeco, con telas que también había guardado del vaciamiento de su casa. Lo hice a mano a pesar de haber heredado su máquina de coser porque no pude transportar el artefacto hasta Tandil, lo cual produjo que la tarea me llevase tres días de varias horas de trabajo.

Esta acción tuvo lugar en mi habitación de Tandil, entre la cama y el escritorio. Las tres jornadas de trabajo consistieron en desarmar el muñeco, separar sus extremidades del tronco, rellenar su cuerpo y volver a ensamblarlo, para luego confeccionar la ropa cuidando la similitud en la forma con las prendas originales.



Acción III

Engarzar

(08/01/18)

Engarzar un collar de perlas que, al desarmarse, fue guardado en una bolsa en la caja de las alhajas.

Todas las cuentas de este collar llegaron a mí dentro de una bolsa celeste en la que se lee “Suvenir”. Un par de días antes de la acción, que tuvo lugar en el escritorio de mi habitación en Tandil, revisando cosas que conservé de la mudanza de la abuela, encontré una cajita musical. Adentro una perla del collar. Sin saberlo guardé una pieza que sino iba a faltarme para completar la tarea.

Fui separando las perlas de acuerdo a sus tamaños, a veces fue difícil diferenciarlas. Veintitrés de las más pequeñas, dieciseis de las siguientes, luego tres, otras tres y así hasta llegar a la de mayor tamaño que va en el medio. En ese momento me dí cuenta que la perla grande que había venido dentro de la bolsa no tenía orificio, es decir era sólo una pelotita, y que dentro de la cajita donde ya había encontrado una de las pequeñas estaba la grande que faltaba. Me pareció muy extraño que la abuela guardara con el collar roto una pelotita que nada tenía que ver y que a su vez pusiera por otro lado, en una cajita, la cuenta que sí correspondía al collar.

El olvido como retorno

Cuando comencé a trabajar la idea de las acciones partí de la necesidad de un antídoto contra la desaparición, de producir una escritura en la memoria a partir de la realización de lo que, más que acciones, han sido ritos o ceremonias de diálogo con lo ausente. Temía que mi capacidad para recordar se deformase, me engañara, perdiese momentos que no podría recuperar ni reemplazar por otros nuevos, que de a poco y sin darme cuenta fuese borrando a mi abuela del único lugar donde yo creía que seguía existiendo.

«El acto de dibujar rechaza el proceso de las desapariciones y propone la simultaneidad de una multitud de momentos» (Berger, 2011, p.56): quería dibujar sobre mi memoria, un soporte con el que nunca había trabajado. Aprendí que así como en una hoja de papel tienen la misma importancia el trazo, la hoja y lo que se borra o no se dibuja, la memoria es también olvido:

La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte [...] La definición de muerte como horizonte de toda vida individual, evidente, adquiere sin embargo otro sentido, un sentido más sutil y más cotidiano, en cuanto se percibe como una definición de la vida misma, de la vida entre dos muertes. Lo mismo sucede con la memoria y el olvido. La definición de olvido como pérdida del recuerdo toma otro sentido en cuanto se percibe como un componente de la propia memoria.

Esta proximidad de las dos parejas —vida y muerte, memoria y olvido— se percibe, expresa y simboliza en todo lugar. Para muchos no es sólo de orden metafórico (el olvido como una especie de muerte, la vida de los recuerdos), sino que pone en juego concepciones de la muerte (de la muerte como otra vida o de la muerte como inmanente a la vida) (Auge, 1998, p.10)

Al comienzo, el proyecto partía de la necesidad de completar los asuntos interrumpidos por la muerte como manera de desprenderme de la tristeza y dar por terminado el duelo. Cada una de las acciones tenía la intención de acercarme recuerdos sobre mi abuela con el mismo deseo urgente de quien se acerca a la fotografía de alguien que ya no está presente. Pensaba que los tres objetos me servirían de punto de anclaje, de apoyo para mi memoria que, temerosa de fallar, necesitaba proliferar en algo con mayor materialidad que la mente. Sin embargo, un evento que tuvo lugar durante la primera acción dejó entrever el verdadero sentido: el olvido como retorno.

Mientras destejía el sweater rosa sentada en el banco del jardín de la casa de mis padres, mi mamá se acercó a contarme que ella había sido quien lo había tejido como regalo a mi abuela, cuando recién había empezado a salir con mi papá. Quizás mi abuela nunca lo pudo terminar de destejer por eso, me dije, era demasiado importante como recuerdo, quizás era un objeto que guardaba en su composición el momento en que ella conoció a mi madre a quien, por si fuera poco, le regaló su última sonrisa. Podría haber sentido que me comportaba como una intrusa, profanando un objeto cuya historia me excedía en años de existencia. Pero los recuerdos —lo que nos contamos sobre la vida de las personas que quisimos— solo nos sirven a quienes estamos vivas y nos aferramos a lo que un cuerpo deja tras de sí como una prueba de su existencia. Jamás hubiese podido saber la historia del sweater —por corto que sea el relato es extenso en su significado— si no lo hubiese conservado para destejerlo en ese jardín.

En la recuperación de ese recuerdo se produjo el retorno a un pasado que me es lejano y ajeno pero que me permitió pensar en la vida de mi abuela, en su relación con las personas que quería y los objetos con los que las relacionaba; me permitió empezar a dejar de lado los recuerdos sobre su proceso de muerte y relacionarme con el vínculo que ella tenía con la vida, una manera muy singular de existir que yo siempre había admirado.

La figura del olvido como retorno es aquella cuya

principal pretensión es recuperar un pasado perdido, olvidando el presente —y el pasado inmediato con el que tiende a confundirse— para restablecer una continuidad con el pasado más antiguo. No hay nada más difícil de llevar a cabo con éxito que un retorno: requiere una gran capacidad de olvido: no conseguir olvidar su último pasado o el último pasado del otro es prohibirse anexionar el pasado anterior. (Auge, 1998, p. 31)

En mi caso, el olvido que precipitan estas acciones es el de la muerte como recuerdo, el proceso doloroso de la enfermedad de mi abuela. No permitir que lo ineluctable de ese destino opaque la certeza a la que arribé en la segunda acción: los muertos no están muertos, viven en lo que nos rodea.



Diálogo con lo ausente

Toda persona amada con quien hemos tenido una gran intimidad nos impregna, nos transforma. Bajo el efecto de la emoción particularmente intensa, como resultado de una definición, por ejemplo, puede producirse una dicotomía, de manera que el diálogo que entonces se instaura, mucho más que un diálogo ilusorio consigo mismo es un verdadero diálogo con el otro, en la medida en que el ser amado... continúa así viviendo y proyectando en nosotros su vida intelectual, afectiva y sensible, y por así decirlo, desarrollándose todavía por su propia cuenta. (Ariés, 2007, p.265)

Cada acción se vuelve ceremonial para mí, es un encuentro. Las acciones posibilitan un diálogo, son el médium para una conversación que se produce a través no sólo de objetos sino de silencios, olores, tiempo y espacio. Las acciones tienen lugar en mi habitación en Tandil y, por el carácter de las tareas, requieren de toda mi concentración. Son momentos donde permanezco en silencio, recordando como mi abuela me enseñó a tejer, a ponerle flecos a una bufanda, pensando en la vida y en la muerte, en cuánto de lo que llevo dentro mío fue alguna vez de ella y me fue dado como obsequio.

La distancia con respecto a la muerte —ha pasado ya un año para cuando realizo la segunda acción— junto con el haber decidido enmarcar estas acciones dentro de las prácticas del cuidado de sí, produjo que el proceso de restauración del muñeco de losa significara un replanteo de las intenciones del proyecto; mejor dicho, considero que develó uno de los significados posibles, el que precipita no sólo el olvido de la muerte como evento trágico sino también el retorno a un pasado que no quiero olvidar. Las acciones han hecho presente a mi abuela, tengo la certeza de que no ha muerto.

La vida depende de encontrar donde esconderse. Todo se oculta. Lo que ha desaparecido está escondido. Una ausencia —como sucede en el caso de los muertos— se siente siempre como una pérdida, nunca como abandono. Los muertos están escondidos en otra parte. (Berger, 2011, p. 80)

Mi trabajo fue encontrar ese escondite, utilizando el dibujo/escritura sobre mi memoria, haciéndola funcionar —poniendo en evidencia su mecanismo de memoria/olvido— a partir del encuentro con objetos específicos. Un suceso que podría citarse para explicitar esto ocurrió durante la segunda acción. Al confeccionar la ropa del muñeco, tuve que planchar las costuras para que se asentaran, y el vapor invocó a la memoria. En la bitácora escribí:

Tuve que planchar mucho esta tela, sobre todo para hacer los breteles. Con la plancha a vapor de mi mamá cada pasada soltaba en el aire un aroma dulzón familiar. Tardé un minuto en darme cuenta que era el olor a cosas guardadas de mi abuela; había quedado almacenado entre las fibras y necesitó de todo este proceso para revelarse. Los muertos no están muertos. (Restaurar 22/07/2017)

La memoria como armario

La memoria muchas veces se resiste a la transparencia de su contenido, a un abordaje que no sea efímero y volátil, nunca podemos encontrarnos con los recuerdos de la misma manera porque cada acercamiento implica su alteración, cualquier pequeño movimiento los modifica. De manera que, habiendo comenzado este proyecto bajo la necesidad de fijar ciertas imágenes y recuerdos, descubrí que pocos soportes mutan de manera tan constante como la memoria, es una reactualización permanente.

Varias son las metáforas posibles para referirse a la memoria, puede hablarse de ella como archivo donde

lo que desaparece o se torna ilegible siempre acaba conservándose —registrándose—, de tal manera que nada puede ser definitiva o permanentemente perdido [...] es una estructura según la cual lo que es escrito y coleccionado por la percepción tanto a nivel consciente como inconsciente es sistematizado según experiencias reconocibles, que pueden ser recordadas y, en último término, archivadas. (Guasch, 2011, p. 18)

A su vez, la característica de la psique es carecer de aquello que es un requerimiento fundamental para el archivo: la existencia de un lugar externo de consignación. Por ello he decidido elegir otra metáfora, más específica en relación a mi historia, que posibilita pensar una materialidad de la memoria: ella es un armario lleno de cajones abarrotados donde todo puede encontrar otro lugar, perderse, relacionarse con otros objetos, quedar en el fondo y ser encontrado años después; un armario donde catalogar no tiene sentido pues se recurrirá a esos objetos una y otra vez de maneras distintas y por variadas razones. Cada objeto, por pequeño que sea, está sujeto a una red mutable de relaciones, es un objeto arqueológico, se encuentra guardado en la memoria porque trazó un efecto sobre ella, un dibujo en el que

...se despliega toda una compleja filosofía de las marcas, los signos y los rastros. El dibujo es el lugar donde la ceguera, el tacto y el parecido se hacen visibles, y es también el punto de la más delicada de las negociaciones entre la mano, el ojo y la mente (Berger, 2011, p. 92).

El dibujo y la escritura

Me he referido al dibujo también como escritura porque pienso que en mi trabajo son lo mismo. Escribir en diarios íntimos, registrar vivencias e impresiones, tener la intención de operar desde allí sobre mi subjetividad, es dibujar sobre la memoria, sobre el pasado y sobre el futuro pues me da la posibilidad de releerme y encontrarme conmigo misma, con un dibujo de mi sentir, y de trazar líneas temporales y espaciales dentro de mí.

Vivimos simultáneamente varios relatos [...] No siempre resistimos al deseo de reinterpretarlos, remodelarlos, para adaptarlos a la situación actual. A veces incluso nos inspiran el deseo de escribir un diario, es decir de convertirlos en un verdadero texto [...] Escritos o no, estos relatos son siempre el fruto de la memoria y del olvido, de un trabajo de composición y recomposición que refleja la tensión ejercida por la espera del futuro sobre la interpretación del pasado (Auge, 1998, p. 21).



La escritura y relectura es siempre un retorno a mí misma. Luego de la segunda acción anoté en la bitácora:

Ahora estoy arriba del colectivo, vuelvo a Capital. Todo forma parte de estas acciones: los objetos, los lugares, el tiempo. De no haber llevado a cabo estas acciones acá, hubiese estallado en un par de conversaciones, quizás hubiese caído en un mayor número de excesos, mis dedos hubiesen sufrido la ansiedad. A su vez, si no hubiese querido llevar a cabo estas acciones en Tandil —y más específicamente en mi habitación— probablemente hubiese hecho todo para no venir. Sin eso no hubiese pensado en la muerte de mi abuela ni en la de mis viejos (mi papá no para de toser de manera terrible, da miedo). No hubiese visto a mi tía Esther (que ya es la segunda vez que se quiebra una muñeca como consecuencia de una caída) y a mis abuelos, cuál de los dos más desmejorado. A todos, al saludarlos, les he pensado así como decían los estoicos: He saludado a un mortal, quizás a alguno de ellos no le toque volver a conversar conmigo.

Pero mi abuela, sin embargo, está más viva que nunca. No solo su muerte ha precipitado este acontecimiento que es para mí el pensar la enfermedad y la finitud, que ya es mucho más de lo que producen algunos que todavía tienen sangre que les corre por las venas; sino que tengo la sensación muy aguda de estar frente a mi propia muerte, no de manera literal obviamente. Quizás conocerme, saber de mi ansiedad y cómo controlarla, contar con una serie de actividades que incrementan mi potencia en este lugar que me entristece, sea finalmente la oportunidad de vivir lo más cerca de la inmanencia que pueda. Todas estas acciones que parecen no hacer hincapié en la producción como fin último sino en la acción que involucra, terminan creando objetos que contienen para mí el recuerdo de un encuentro conmigo, con la posibilidad de proveerme encuentros alegres. Es un registro de con qué posibilidades cuento

desde ahora y para siempre para no hacer hybris, para lograr la imperturbabilidad frente a ciertos encuentros con los que ya sé que no me conviene afectarme.

Con mi abuela me conviene afectarme siempre, con cada cosa que pueda ver, oler, recordar, tocar. Con todo lo que me posibilite precipitar un devenir abuela Ñata, con su templanza ante la vida y la muerte, y con todo lo que se halla entre estas dos. No me conviene afectarme con ciertas figuras de mi pasado, con el deber ser materno...

¿Y si el recuerdo de mi abuela es un dispositivo, una prótesis existencial? ¿Si me permite verme y conocerme, más que un espejo, un estado mental donde el cuerpo acciona mecánicamente (coser, bordar, destejer, ovillar) mientras el pensamiento se comporta liviano y se reduce al estar-ahí? ¿Y si la muerte de mi abuela es lo que me recuerda que estoy viva?

(Restaurar - 23/07/2017)



La última acción me permitió ampliar mi manera de pensar la muerte, ya no fue sólo la muerte física de mi abuela la que estaba siendo trabajada sino que además pude vislumbrar mi propia muerte en vida, las yo que van quedando en el pasado, los olvidos de mi misma que componen mi actualidad y mi futuro. Hacer de las muertes de una misma lo que la serpiente hace con sus mudas de piel: dejar atrás lo que una fue es al cuerpo lo que el olvido a la memoria, no puede una existir hoy sin haber muerto mil veces.

Es extraño pero por mucho que se lo intente, algunas cosas nunca se pueden reparar o retornar a su estado primitivo, sí puede encontrarse una nueva manera de que funcionen o se vean. Estoy segura que hoy mi abuela es para mí algo totalmente distinto a lo que era cuando estaba viva, y no sólo porque murió, sino porque ha permitido preguntarme y responderme de formas que quizás de otro modo no podría haber hecho. Y a su vez todo esto ocurre en un momento donde parece que me paro frente al acto inaugural de una nueva forma de mi vida o que asisto al funeral de una vieja yo. Casi siento que no debiera volver más a Tandil pero creo que en realidad se trata de que nunca podré volver del mismo modo...

Si la muerte de una persona es en realidad vivida por los otros...estoy empezando a entender que la muerte de mi abuela puede haberme servido para morir un poco yo también... o para dar por muerta una parte que hacía tiempo agonizaba. No puedo siquiera describirlo, es una sensación que ya excede al cuerpo, es casi como husmear el futuro.

(Engarzar - 08/01/2018)

Todo este proyecto asistió a la muerte de quien solía ser, de la manera de pensar y sentir que me había caracterizado, fue al mismo tiempo una sepultura y un acto inaugural. Si bien no considerar mi trabajo artístico como una producción independiente del resto de los aspectos de mi vida siempre me había caracterizado

—he estado trabajando a partir de diarios íntimos desde hace ya varios años— en este proyecto particularmente la importancia no era la producción de objetos en sí sino la realización de las acciones como parte de una serie de prácticas de cuidado de mí misma:

La obra es lo contrario del tope que define la percepción estética clásica, que se ejerce sobre objetos terminados, sobre totalidades cerradas (...) Guattari la define como un “objeto parcial” (...) Las estrategias relacionadas con los objetos parciales introducen la obra en el continuum de un dispositivo de existencia en lugar de otorgarle la autonomía tradicional de la obra maestra en el registro del dominio conceptual. Estas obras ya no son pinturas, esculturas, instalaciones, palabras que corresponden a categorías del dominio y a ordenamiento de productos, sino simples superficies, volúmenes, dispositivos, que encajan en estrategias de existencia (Bourriaud, 2008, p. 126-127)

Este proyecto me permitió entender la escritura ya no sólo como un elemento constitutivo de mi producción artística sino como pieza fundamental de mi dispositivo existencial y es ahí donde definitivamente se han borrado los límites entre producción artística y vida. *«Escribir nos cambia. No escribimos según lo que somos; somos según aquello que escribimos. Todo trabajo nos transforma, toda acción realizada por nosotros es acción sobre nosotros»* (Blanchot, 1955). Considero que estas acciones me han posibilitado escribir sobre mi memoria pero además entender la escritura como mi futuro: si hasta este momento escribir había sido un modo de vomitar lo que me ocurría sobre una hoja para apaciguar la angustia y la ansiedad, hoy es la pieza que enciende la máquina del diálogo más honesto que pueda tener conmigo misma. En la escritura, el pensamiento se ejercita, se oxigena, corre como la sangre, la escritura lubrica y hace funcionar los engranajes de mi propio entendimiento, de mis quehaceres, de mis sentires. Escribir para ser, escribir para hacer: sobre las hojas de un cuaderno, mi mano traduce este pensamiento móvil al lenguaje que habito.



Diálogo con lo ausente II

En abril de 2017, en simultáneo con las acciones de *Asuntos Pendientes*, empecé a utilizar el cuaderno del proyecto para escribirle cartas a mi abuela. La primera de ellas es del 18 de ese mes, el día de su cumpleaños. Así, por lo menos una vez por año, le escribo y le cuento cómo me siento, qué me acuerdo de ella. A continuación presento esa primera carta y la última que he escrito hasta el momento.

18/04/2017

Abuela:

Hoy hubiese sido tu cumpleaños número 85 ¡Feliz cumpleaños! Se me ocurre que aunque una persona muera, quienes quedamos vivos todavía podemos celebrarlo de alguna manera. Yo no creo que la muerte sea fea, solo cuesta acostumbrarse a una cierta ausencia física. Quizás vivir en otra ciudad hace años me ayude a que nunca desaparezcas del todo.

Todavía te escucho decir mi nombre con dulzura y me siento chiquita. Quizás tener tus cosas, muchos recuerdos, hace que formes parte de mí y eso me alegra mucho. Guardo con cuidado una de tus últimas frases, tu olor. Estiro los dedos para alcanzar tu paciencia, cuando puedo te menciono, te soñé una vez, guardo algunas fotos, el sabor de tus alfajorcitos de maicena con tapas de chocolate, la cara que ponías cuando mi papá hacía un chiste pavo, tus ronquidos terribles, la manera de saludar a la gente del barrio (“¿Cómo le va, señora? Esta es mi nieta la más grande, la hija de Marcelo”), tus plantas anarquistas en el patio del fondo (y cómo el cedrón y vos se parecían tanto). No me entristece aunque lloro, quizás porque tenga tantos recuerdos que no me alcanza el cuerpo.

Entonces para mí estás viva, quizás en lo que yo no puedo abarcar.

Feliz cumpleaños.

21/05/2020

Abuela:

Ni me dí cuenta y pasé un mes acordándome y olvidándome de escribirte por tu cumpleaños. ¡Hubiesen sido 88 años! Me fijé y en la quiniela es “El Papa”. Nada que ver.

La razón por la que hoy dejé de postergar esta carta es porque anoche soñé con vos. No sé si te veía del todo, iba a buscarte al lugar donde vivías, que era un edificio enorme con habitaciones chicas, como para una persona. Era muy parecido a la pensión en la que viví cuando recién me mudé a Buenos Aires, solo que peor porque estaba medio destruido y hasta ya con plantas que se metían en las habitaciones. En lo que sabía que era tu habitación, todo estaba desordenado pero muy limpio. Yo me apuraba a juntar tus cosas y me costaba elegir, me angustiaba porque sabía que alguien nos perseguía por el edificio gigante, podíamos escuchar los pasos, el estruendo de las puertas pateadas y gritos. Creo que estaba con Emanuel (siempre me preguntabas por él).

En lo que va de la cuarentena, creo que es la primera vez que sueño con vos. Con un edificio en ruinas del que hay que irse, previo elegir qué objetos llevarse, ya soñé por lo menos una vez más. También soñé que se me caía o me cortaba la oreja izquierda y la llevaba de acá para allá en la mano.

Durante este encierro, además, aprendí a tejer al crochet. A pesar de que vos siempre decías que no podías hacerlo, me dejaste una aguja que me vino al pelo. Con todas las lanas que heredé de vos, hice una frazada muy linda pero un tanto pequeña como para que realmente sea útil. También recordé como tejer a dos agujas. Todo el tiempo estuve pensando en vos, en la vez que me enseñaste y yo, ansiosa, terminé haciendo una bufanda panzona y corta. Le tuvimos que inventar un final con un botón, y pasó a ser una especie de cuellito. Lo usé varias veces, aunque la lana me picaba mucho, porque me alegraba llevar puesto algo que había hecho con mis manos.

No sé qué edad tenía, creo que iba a la primaria, pero después de eso no volví a tejer a dos agujas. Todos estos años, cada vez que surgía el tema (y surgió varias veces) decía que no tenía la paciencia suficiente para el tejido. Saltaba como vos con el crochet.

Estoy haciéndome un saquito, creo que va a quedar bien (espero). El proceso sigue pareciéndome un poco engorroso, pero ahora me la banco porque tengo la mirada clavada en sentir eso de usar algo que hice yo.

Por otro lado, si bien para varias cuestiones esta memoria detallista que tengo me suele molestar, me alegra tenerla para acordarme de cosas agradables como las que hicimos juntas, sigo al día de hoy descubriéndoles nuevos significados y eso, siento, es como si estuviéramos haciéndolas todo el tiempo de nuevo.

Te quiero,
Mili.

P.d.: Cada tanto me lamento de no haberme quedado con la cajonera de cartón que tenías en la habitación de las tías. Era uno de mis objetos preferidos y ya no se consiguen. Aunque estuviera medio vieja, yo la hubiera cuidado.

Cuaderno azul chiquito

Emilia Molina

PRÓLOGO DE LA EDITORA

Uno de los más grandes desafíos de la edición de textos categorizados dentro del género diarístico probablemente sea el de trazar un recorrido a partir del carácter fragmentario que suele distinguir a este tipo de escritura. La relación de quien escribe con aquello que decide registrar, se cimienta en la necesidad de establecer un diálogo con su interioridad. El mismo se define por su intermitencia y reiteración, al visitar constantemente ciertas inquietudes enquistadas. La operación no sólo exterioriza el pensamiento, sino que además posibilita enfrentarse a la materialidad de las palabras escogidas para hacerlo. Así, lo que cobra importancia a la hora de pensar la escritura de este género, es vislumbrar el carácter gestual de quien la ejecuta. Es en la intención por aprehender el pensamiento donde se dibujan las fronteras de quien escribe, erguidas en el constante intento por franquearlas.

El diario que se ofrece a continuación compendia el período de seis días que la autora proyectó como un exilio productivo. Habituada a la escritura en diarios íntimos, las páginas incluidas en este volumen se distinguen de su producción anterior. En ellas, se dedicó a estimular lo que denomina *escritura del pensamiento*, es decir, pensar mientras escribe. A pesar de lo espontánea que pudiese parecer esta propuesta, la intención primaria de la autora estaba orientada a aprehender —para su publicación— una serie de pensamientos previos al momento que este diario registra. Encontrándose imposibilitada de ejecutar dicha pretensión en su hogar porteño, emprendió un retiro a su ciudad natal, Tandil, en la provincia de Buenos Aires.

Si bien podría creerse que el haber sido concebido para la publicación habría disminuido la fragmentación de la textura de este diario, lo contrario sucedió. El manuscrito original, que pertenece a un cuaderno de 15x11 cm., consta de setenta y un páginas. Sin embargo, la cantidad de material que llegó a la transcripción es mucho menor. Nótese aquí que me abstengo de denominar original a ese manuscrito: una visión más amplia del concepto de edición nos permitirá contemplar la existencia de varios originales dentro de ese mismo texto. Allí, la autora tachó frases, párrafos y hasta páginas enteras. Abstraída por la vorágine de su tarea, lo hizo de manera insuficiente, nunca llegando a obturar por completo lo que parece no haberle resultado satisfactorio. Muchas veces se trata simplemente de reformular la frase que estaba intentando escribir pero también encontramos la censura de una línea de pensamiento por la que decidió no seguir transitando para inmediatamente pasar a otra. A partir de ciertas menciones del método que utiliza para escribir, sobre todo en el último capítulo, es posible considerar que aquella escritura sólo puede ser rechazada una vez que ha sido escrita, habiendo servido de umbral entre una idea y otra. Por ejemplo, el capítulo “Políticas de la intimidad” tiene, en su versión manuscrita, tres páginas que la autora utilizó para librarse de un sentimiento de disgusto profundo, posterior a un almuerzo familiar. Allí, explica que debe escribir su enojo antes de poder pasar a redactar las ideas que había anotado la noche anterior, como si el sentimiento solo pudiese ser diluido a través de la escritura. Una vez saciada la necesidad, considera estar en condiciones de abocarse a sus anotaciones por lo que, antes de hacerlo, escribe entre paréntesis: *Voy a dejar de escribir sobre esto y paso a las notas de anoche, capaz surge el tema del éxito porque se relaciona pero si publican esto después de que me muera sepan que no me gustaba.*

Otras eliminaciones del texto se corresponden con el intento constante por hallar una manera auténtica de comunicar algunas de sus ideas. Bajo esta consigna, la autora rechazó completamente los pasajes donde intenta explicar las razones de ser de su obra. Anuló

también casi todo tipo de historicidad sobre sí misma y su trabajo, como si lo que estuviese haciendo pudiese trazar esas correspondencias por sí solo o como si intentase brindarle cierta independencia del pasado a eso que escribe.

Si mucho del material que está contenido en el manuscrito no llegó a las páginas que se ofrecen a continuación, no ha sido sólo por efecto del tachado. El proceso de transcripción —concomitante con la primera lectura del material por parte de la autora— significó, no necesariamente con la intención de facilitar la continuidad del relato, un verdadero trabajo de vivisección.

Durante las sesiones de transcripción, la autora buscó obsesivamente asegurarse de no estar censurándose a sí misma por vergüenza o desprecio de alguna de sus partes, ya que sabía que cada una de ellas había sido igual de importante a la hora de escribir. “Como con los engranajes de un reloj, no es necesario ver todo el mecanismo para saber la hora”, dijo. En este proceso, se eliminaron principalmente los pasajes donde la autora hacía un uso excesivo de los diminutivos, así como también del lenguaje coloquial y sus modismos; y se reemplazaron todas las interpelaciones al público lector por aseveraciones en primera persona. Por ejemplo, la frase “Imaginemos el pensamiento como un gran armario, lleno de cajones y perchas” acabó publicándose como “Imagino el pensamiento como un gran armario, lleno de cajones y perchas” (p. 4). Esto, según la autora, fue sumamente necesario para no hacer del texto un aula de escuela.

Una de las últimas instancias, priorizada por sobre la corrección ortográfica, estuvo compuesta por incansables lecturas en voz alta donde podía verse a la autora bailar con las manos como si fuese una directora de orquesta en medio de una función. Si lograba dar con el tempo de una frase, podía pasarse a la próxima y así sucesivamente. Esto nos llevó cuatro jornadas de trabajo.

Durante este proceso, ocurrieron dos fenómenos. La autora, en medio de la lectura rítmica, perdía el control y sentía la necesidad de agregar información y detalles que solicitaba fueran incluidos al pie de página. No hubo manera de convencerla de la correcta utilización de dicho elemento en términos académicos. Insistió, además, que sus impresiones sobre el propio texto fuesen incluidas en tercera persona.

La segunda consecuencia resultó en el tachado de ciertas partes que eran redundantes o no colaboraban al ritmo ni la comprensión de la lectura. La razón por la cual la autora decidió no eliminar definitivamente dichos fragmentos fue que, incluso tachados, permitían sugerir una continuidad del texto que de otra manera se hubiese visto perjudicada en profundidad. “En esa obturación, aseguró, en esa imposibilidad de lectura que sugiere el tachado, se conserva la verosimilitud de la escritura lineal del diario”. Además, quiso evitar la completa pérdida de esa transcripción en caso de que sintiese el deseo de recuperarla en un futuro, como si en la acción de archivar la repetición existiese algún sentido que la misma autora aún no ha descubierto. Mientras en la versión impresa estas palabras están definitivamente censuradas, en un archivo de computadora pueden todavía develarse.

Corresponderá al criterio de quien se atreva a adentrarse en estas páginas determinar cuáles son las fronteras del gesto de la autora, de qué manera la sucesión de operaciones sobre una escritura que se piensa en la acción, pueden o no posibilitar la bifurcación de significados. O si, como ella refiere, al igual que estar sumergida en una marea de desconocidos es lo mismo que estar sola; la verborragia del pensamiento no hace más que nombrar lo que, innenuciabile, se dibuja por su ausencia.

Liliana MeMoi

Posiblemente el trabajo a realizar sea dar la impresión de que desde un principio la obra que se tiene al frente fue escrita de la manera como se la está leyendo.

Mario Bellatin



PENSAR/ESCRIBIR¹

Pienso de manera constante en escribir, mucho más de lo que efectivamente escribo. En verdad cada vez más me da la sensación que pensar es una manera de escribir, muy distinta de la acción de registrar un pensamiento por escrito. Las palabras son muchas veces precarias a la hora de aprehender un pensamiento. Por ejemplo, ahora mismo voy a intentar asentar no sólo una idea que vengo desarrollando en la intimidad de mi mente sino que además expuse en una conversación (casi monólogo) hace algunas semanas.

Muchas veces la escritura resulta frustrante, he conocido recientemente personas que manifiestan la impotencia de no encontrar una manera efectiva de poner por escrito lo que piensan o sienten. El germen de esta frustración, creo, está en considerar que el lenguaje puede aprehenderlo todo. Si bien sí, estamos construidas y definidas por el lenguaje, y sí, cuando pensamos lo hacemos a través de él, es una realidad que es imposible representar las ramificaciones simultáneas y múltiples del pensamiento, los devenires de una idea en otra, el ritmo existente entre asociaciones de imágenes y estímulos. Es por eso que la intención de atrapar un pensamiento de manera exacta redundará en frustración. Creo que una puede desprenderse de esa sensación si se propone considerar al pensamiento como otra forma de escritura, efímera y móvil, diametralmente opuesta a la escritura material.

1 . Cada título es un nuevo día en este retiro escribiente. A la autora no le interesó asentar la fecha, sino sólo poder ver cuánto le era posible escribir en un día, dando por terminada la tarea cada noche.

Durante el proceso de transcripción la autora tomó conocimiento de que esta idea ya había sido realizada por André Breton y Philippe Soupault en *Los Campos magnéticos* (1920, Gallimard). Por alguna extraña razón, y contrariamente a lo que suele sucederle con estas coincidencias, este descubrimiento le produjo enojo.

Comparto la frustración que me han confiado hace algunas semanas. Pienso que dicho sentimiento se relaciona con las exigencias que una misma deposita delante de sí y con la entidad que el mundo intelectual le ha dado al oficio de escribir, considerándolo tarea para unas pocas personas iluminadas que tienen conexión directamente-mano y detentan un lenguaje riquísimo que da cuenta del lugar que ocupan dentro del escalafón humano. Pues basta, vengo a declarar —es lo que dije en aquella conversación— que nadie que quiera escribir debería sentir que es una tarea que no le es dada a realizar y que se frustra porque no encuentra las palabras para calcar un pensamiento pues esas palabras no existen: escribir es una cosa y pensar es otra escritura.

Me detengo acá para decir que yo encantada si hay alguien que se siente arengada por lo que escribo pero en el fondo me lo digo a mí. O me lo dije a mí frente a esas personas con las que conversaba. En consecuencia, he tomado la decisión, política yo diría, de respetar la distancia que hay entre lo que pienso y lo que escribo. Me gusta mucho cómo pienso aunque a veces me resulte abrumador y vertiginoso, y disfruto sobremanera de escribir a pesar de no siempre deleitarme con su posterior lectura. Exploto estas dos acciones en sus posibilidades singulares. Intento no frustrarme ante la imposibilidad de hacerlas coincidentes, las considero distintas caras de un mismo cuerpo, cada una con su función específica sin la cual el conjunto no podría funcionar, como los engranajes de una máquina. Trato de estar lo más presente posible en los momentos en los que el pensamiento lo conquista todo y me deja absorta, sé que no podré encontrar el modo de representarlo exactamente y que cualquier intento de hacerlo tendrá por efecto una re-escritura de esa idea.

[Redacted text block]

[Redacted text block]

[Redacted] todo pensamiento es singular porque lo caracteriza el impulso, la acción, la elección fluctuante de determinados elementos. Imagino el pensamiento como un gran armario², lleno de cajones y perchas. Dentro están todas las palabras e imágenes: la variedad y cantidad del contenido dependerá de cada quien. El armario es todas las posibilidades de representación que tenemos. Lo que transcurre dentro de él a partir de su activación, a través del pensamiento o la escritura, es la relación constante entre recuerdos, palabras e imágenes, algunas de las cuales incluso pueden aparecer desde el fondo de un cajón y sorprendernos. Llevar a cabo cualquiera de las dos acciones mencionadas implica una toma de decisiones, elegir entre lo disponible allí dentro. Como vestirse a la mañana o para ir a una fiesta, las prendas que seleccionemos serán las que consideremos más apropiadas de acuerdo a como nos sintamos, y a su vez nuestra decisión podrá encontrar interferencias a la hora de considerar quienes nos verán si es que finalmente decidimos salir de casa. Pensar, como escribir, es un acto de afirmación individual y subjetiva en constante movimiento: lo que elijo hoy indica quién soy, mañana seré otra y mis elecciones también. Al mismo tiempo, mis elecciones de hoy son consecuencia de las de ayer, y así sucesivamente.

Hago el intento de registrarme de varias maneras, escribiendo y dibujando mayormente, guiada por la determinación de visualizar mis estados vitales y sus cambios. Cómo elijo representarme es un signo

2 . La autora no puede prescindir de las analogías y metáforas. Usa miles, todas distintas, en un intento casi pedagógico o didáctico. Finalmente escribe para que alguien la lea y entienda. Durante la transcripción y lectura, la autora toma contacto por primera vez con la sospecha de que estos recursos puedan ser una manera de dibujar con la palabra.

indicativo de quien soy hoy y los cambios de dicha elección, un señalamiento de la propia modificación. Muertes inaugurales: cada vez que una manera mía de elegir muere es porque nace otra, que no podría haber sido concebida sin la muerte anterior [REDACTED]

[REDACTED] Estas muertes en vida nunca son fin y punto, hablo con mi pasado y desde él se refleja el presente; a veces creo que todo ocurre al mismo tiempo. Por eso este intento constante e incansable por registrar lo más que pueda, mediante las operaciones que sean posibles, aún sabiendo que todo intento por aprehenderme tendrá por efecto una re-escritura.

Intentar atrapar me requiere de una elección de recursos, técnicos y estéticos entre otros, que opera sobre la representación de mí misma, es un desafío a experimentar en imágenes/palabras. Me recorro hasta que lo que parecía un problema se convierte en dibujo, hasta que el sentimiento angustiante es sólo una frase con la que puedo hacer lo que quiera, hasta que yo ya no soy más lo que decidí decir de mí.

Cuando comencé a dibujar mis caras tristes, azules y desesperadas me sentía así como se me ve: abrumada, estresada, consumida por la ansiedad. [REDACTED]

[REDACTED] Una parte importante de ese malestar era consecuencia de no saber qué hacer, habiendo

llegado —luego de la serie de acciones Asuntos Pendientes— a un lugar dentro de mi relación con las artes y la escritura que me era desconocido, y que si bien ese trabajo había propiciado el encuentro con varias certezas e intereses, la profundidad inmaterial y sensible en la que me había adentrado resultó demasiado inquietante. No volví a ser la misma, no he podido desarrollar un proyecto apelan-

do al método que tenía ejercitado y dominaba a la perfección. Mi ansiedad era producto de la incertidumbre: si una parte de mí ha muerto, si ya no soy quien era como resultado de haberme sumergido en mí misma ¿Cómo vuelvo a hallar métodos para el autoconocimiento? ¿Adónde voy a encontrarme ahora? Una vez que decidí abandonar toda esperanza angustiante de revivir viejas máquinas, se me ocurrió que quería dibujar. Relajé mi mente y me dije eso. Quiero volver a dibujar, a experimentar con materialidades, quiero aferrarme a una caja de lápices. Y me dibujé haciendo lo que sentía porque no tenía manera de explicarlo de otro modo ni podía pensar en otra cosa. Me dibujé a mí en un intento por verme.

Proyectar la ejecución de los autorretratos destrabó ciertos mecanismos del pensamiento a través de la representación literal de mí misma. Basados en fotografías y copiados en caja de luz, estos dibujos demandaban atención en cuanto a medios técnicos y manuales, y por ende permitían distender mi mente. [REDACTED]

[REDACTED] Por debajo del dibujo, como si fuese otra capa de piel, fue fluyendo la escritura del pensamiento, asociando ideas en medio de la ejecución azul de mis rostros. Por eso ahora que considero terminada una primera serie de imágenes me he sentado a escribir.

Me cuesta mucho concentrarme en mi casa. Estos últimos meses me he convencido de que el problema es que me falta un sillón de un cuerpo que exista sólo para leer sobre él. Pero realmente no es eso, es que no hay silencio. Mi casa como experiencia se parece bastante a vivir en una lata vacía de galletitas que alguien tiró al lado del contenedor, en la vereda de una caótica calle porteña. Me frenan en el tímpano cinco líneas de colectivo que parecen instrumentos de viento desafinados siendo ejecutados por una locomotora. Como si esto fuera poco, la mayor parte del día las personas se la pasan sobre el asfalto con sus autos y sus bocinas.

No ha habido un solo desayuno en los últimos meses en el que no me haya invadido la fantasía de reventar de un macetazo el parabrisas de una bocina.

El resultado final de esta orquesta constante, combinada con internet y mi afán por ordenar, es que jamás puedo leer durante más de cinco minutos en mi casa.³

Decidí escaparme una semana al silencio de Tandil, [REDACTED]

[REDACTED] con la intención de invertir la mayor parte del tiempo en leer pero sobre todo en escribir. Para lograrlo sin caer en la locura he desarrollado un método: escribo lo más que puedo pero de a ratos me detengo, miro por la ventana, preparo alguna infusión, subo y bajo las escaleras, todo lo que haga falta para calmar la ansiedad del pensamiento incontrolable que no puede ser aprehendido, y así dejar fluir al que se presenta ya como una frase susceptible de ser anotada, como párrafo engendrado en palabras que amablemente se ofrecen a la escritura. Aparece esa frase y otra vez vuelvo a sentarme en mi escritorio hasta que todo se vuelve confuso, de nuevo me tiembla el pulso, y debo dejarme descansar.

La realidad es que haga lo que haga nunca dejo de pensar y eso me resulta muchas veces agotador. Suelo elegir la reclusión en mi hogar: la sociabilidad me produce mucha ansiedad, angustiante de veras. Vivo la mayor parte del tiempo en un monólogo, un diálogo conmigo misma y me encuentro insoportable por lo menos una vez al día. Una vez al día me dan ganas de irme de mí.

3. Las citas en itálica sin consignación de autoría son escritura anterior de la autora. Durante el proceso de relectura de este diario, pudieron trazarse relaciones entre ambas, razón suficiente para incluirla.

Todo lo que pienso me lo invento y trato de leer lo más que puedo, [REDACTED]

[REDACTED] en un afán por encontrar alguien que ya lo haya dicho. Quiero saber cómo lo pueden haber explicado para contestar más rápido las preguntas que todavía no me hice pero que sé irán llegando mientras siga este recorrido. Sostengo fervientemente que todo ha sido creado, que esto que yo invento y escribo es mi propia combinación de diversos elementos con los que me he encontrado. La inventiva está en la elección, creo que nadie más podría hacerlo del mismo modo pero sí podría elegir los mismos elementos y darles otro orden... ¿entonces es una cuestión de orden? Elección y orden.

¿Soy escritora? No estoy segura de que para eso sólo hagan falta palabras en un cierto orden pero ¿no sería hermoso pensar que una escritora es la persona que elige un determinado orden para las palabras? Quizás sea la única manera de hacer nuestro este lenguaje.

Tengo la leve sospecha de que alguien ya ha pensado todo esto. Quizás ya exista otra persona que se ha autorretratado en azul. Tal vez esté sucediendo ahora mismo mientras escribo. La verdad eso no me intranquiliza porque, para empezar no creo en la originalidad del genio creador. Para seguir, me parecería fantástico cruzarme gente con las mismas ideas que yo y preguntarles qué camino recorrieron para llegar allí. En esa respuesta es donde estoy segura se verían las diferencias y creo que podría ser muy divertido ver qué otras posibilidades habría de arribar a estas respuestas mías. Finalmente lo que importa es la franca consistencia que se tiene para con las propias decisiones.

Son pocas las veces que termino un libro. Cuando sucede es porque quien lo escribió dejó algunos indicios de eso que me paso el tiempo buscando y me obliga a terminarlo para ver qué tan cerca de mi pensamiento pasó el suyo. Por ejemplo, recién acabo de terminar

de leer *El libro uruguayo de los muertos* de Mario Bellatin. Elegí el libro por el título y porque una reseña decía que era una especie de compendio de correspondencia entre el autor y otra persona desconocida. [REDACTED]

[REDACTED] Pocos géneros me gustan tanto como el epistolar.

Me atrapó con sus cuestiones sobre la escritura y la fotografía, la relación que pretendía establecer entre una y otra al momento de escribir dicho libro, cómo él sentía que cada vez deseaba más sacar fotos que escribir, desarrollando un método para socavar dicha tendencia, estimulando la escritura a través de las fotografías. Pero recién, cinco páginas antes del final:

Las ganas de querer escribir son de la misma naturaleza que los murmullos que solemos sentir cuando estamos a punto de dormir. De aquellos murmullos que acostumbran presentarse acompañados de imágenes, de representaciones del mundo que sólo es posible encontrar cuando nos encontramos dentro de los murmullos que nos acompañan cuando estamos a punto de dormir. [...] El murmullo de querer escribir suele aparecer apenas uno se acuesta a dormir. Una vez que se está en pijama, con los dientes lavados, acostado en la cama, casi todos nos ponemos a pensar en cosas. Recuerdo que muchas veces durante esos momentos imaginaba escenas que nunca antes había vivido pero que deseaba se hicieran realidad.

Me emocioné cuando leí eso. Muchas de las cuestiones que he estado tratando de llevar a esta escritura actual son los recuerdos de pensamientos escritos en la ducha. Como parte de esta vorágine mental en la que he estado viviendo, empezó a pasarme bastante seguido de escribir pensando en la ducha los párrafos más maravillosos, ideas fantásticas. De todos los lugares donde una se podría sentar a efectivamente escribir lo que piensa, la ducha es el más

incómodo. De verdad me gustan tanto las ideas, que he contemplado la posibilidad de grabar el proceso de limpieza personal, por las dudas. Sin embargo bien sé que esa predisposición:

1- Me haría decir cosas forzadas.

2- Me distraería en el intento de verbalizarlo y me perdería de disfrutar.

3- Por profanarlo, no se me ocurriría nunca más nada en ese lugar y me agarraría en otro, quizás más incómodo.

4- Se me pondría la piel toda arrugada de tanto estar ahí divagando.

También me pasa lo que dice Bellatin, de pensar antes de dormir. A modo de ejercicio, para comprobar mi teoría de las diferencias entre pensar y escribir, he tomado el hábito —previo a la lectura del autor mexicano, lo cual hizo a la emoción del encuentro— de registrar las ideas recurrentes antes de dormir, aquellas que hace meses me sorprenden en ese momento de manera inexplicable pues no hago ningún esfuerzo por convocarlas. [REDACTED]

[REDACTED] Las anotaciones por el momento han sido:

- *A veces, del huevo, me siento más la cáscara que lo que va dentro.*

- *Cuando me acuesto a la noche reviso detalladamente las conversaciones que tuve durante el día y me dan escalofríos de sólo pensar que dije cosas que creo frente a alguien que no me entendió.*

- *En cualquier momento del día puede tomar lugar de manera súbita alguna visión donde me pisa la pierna derecha un auto o caigo desde el balcón del piso once donde solía vivir una amiga.*

- *Acabo de imaginarme qué le diría a la versión mía de catorce años. Era en el baño de la escuela, pasaba mucho tiempo ahí en el recreo y supongo que por eso elegí ese escenario. Me*

encerraba a mí misma en uno de los compartimientos, me apoyaba bruscamente sobre la puerta toda escrita por generaciones de adolescentes y sh, no grites, soy nosotras, vengo a decirte que no te preocupes por los varones, dejá de inventar excusas para salir al boliche a escondidas, no creas que no tenés personalidad, algún día dentro de trece años vas a dar vueltas en la cama pensando en cómo sobrevivir siendo adulta y todo esto no va importar.

Desgraciadamente mi escueto conocimiento en ciencia ficción me permite inferir que ese encuentro tendría consecuencias catastróficas en mi futuro y a esta altura ya me encariñé con mi narrativa.

- Todo este tiempo diciendo que lo que pasa es que tengo un alto nivel de tolerancia al dolor, para finalmente empezar a vislumbrar que quizás es que lo disfruto.

De todos los modos de escritura que practico, el más susceptible de mutar y desdoblarse sobre sí mismo es esta escritura de palabras cuando es atravesada por la flecha de la transcripción. [REDACTED]

[REDACTED] la escritura se lee y se relee, se le quitan o agregan frases, párrafos enteros, se altera su orden. Cada vez que opero sobre él, se convierte en un texto distinto del anterior. Puedo guardar cada una de esas modificaciones como pasos o capas que fueron componiendo otro texto y así sucesivamente. Entre esta certeza y mi incesante intento por aprehenderme a mí misma no veo distancia. Cada capa registrada es esencial para corregir, quitar, entender, para componer un nuevo texto-yo. *Escribir nos cambia. No escribimos según lo que somos; somos según aquello que escribimos. Todo trabajo nos transforma, toda acción realizada por nosotros es acción sobre nosotros* (Blanchot, 1955).

CECI N'EST PAS UN DIARIO

Leer un poema donde otro puede expresar lo que nosotros hubiéramos querido decir sirve de consuelo

Tamara Kamenszain

[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] no es estrictamente un diario porque, salvo por esta semana, no escribo todos los días. [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] muchas de las cosas que asiento aquí últimamente tienen como finalidad el ser corregidas para luego ofrecerlas [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] mezclar las reflexiones sobre la escritura con asuntos más bien íntimos [REDACTED]
[REDACTED]

Tandil es tan silencioso que a la noche a veces temo haber quedado sorda. Tal es la ausencia de sonidos que fácilmente puedo imaginar que la casa flota en un espacio negro infinito. Descanso perfectamente bien cada vez que vengo. Por otro lado, o como consecuencia de ello, esta vez mi determinación literaria full time fluyó de un modo que ni obligada hubiese podido hacerlo en otro momento. Hace ya dos noches que me quedo dormida, luego de leer en la cama, antes de las doce de la noche —en Buenos Aires, obligándome severamente, me duermo a las dos— y me despierto

temprano: ayer a las nueve y hoy a las ocho de la mañana. Apenas me levanto me preparo un mate y dos tostadas. Me he propuesto leer un capítulo entero por día, durante el desayuno, del libro de Giordano, *La contraseña de los solitarios: diarios de escritores*, para terminarlo antes de volver a Buenos Aires. Las coincidencias con este señor en cuanto al tema de los diarios íntimos y la elección de los textos teóricos sobre los que se apoya, me asombran.

me produce ganas de tratar de escribir lo que pienso, aunque sólo tenga sentido e importancia para mí.

Porque escribir, de manera más o menos íntima, es la búsqueda de una misma, un intento por lograr el autoconocimiento a partir de volverse la propia interlocutora.

Encomendarse a la escritura diaria suele ser un desafío a la propia rectitud, como si, al mismo tiempo, tuviese dentro una maestra estricta y una alumna distraída. Es por ello que sostener el plan de escribir suele ser difícil, una prueba personal autoimpuesta: sé o intuyo que determinada rigurosidad es todo lo necesario para completar los proyectos que me he propuesto. Negarme las condiciones para llevarlos a cabo puede convertirme en traidora de mi misma.

Para poder escribir de manera sostenida preciso de ciertas condiciones, siendo la primera no estar en mi casa (ya estoy imaginando que este descubrimiento me empujará a convertirme en vagabunda entre cafés y bares, sólo para poder escribir). Sin embargo, más allá

4 . Ver Foucault, M. (2011). *La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France: 1981-1982*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

de las distracciones, quizás exista una razón más profunda porque si no ¿Cuál es el justificativo de que sólo escriba fuera de mi hogar? Corrección, escribo sólo registros breves como el de las ideas antes de dormir u otros sentimientos. Y si bien creo que lo fragmentario forma parte de la razón de ser de mi acercamiento a la escritura, demanda mucho trabajo luego encontrar la manera de editar todo ese material y darle algún sentido total.

¿Es la escritura un lugar al que sólo se puede acceder tributando ciertos elementos? ¿Es la escritura un lugar donde me gustaría pasar más tiempo pero aún no logro encontrar allí vivienda?

Con la mano, traducir al lenguaje que habito ciertas intuiciones que una vez puestas sobre estas páginas se transforman en efímeras certezas, punto de partida para seguir pensando a través del escribir. Escribir permite vislumbrar las bifurcaciones posibles del escribir.

Recién escribí *traducir* y la palabra se me hizo un eco cada vez más vibrante. Creo que elegirla para referirse a escribir lo que se pensó es muy acertado.

En inglés existen para la palabra *blue* (azul) una extensa cantidad de significados de acuerdo al contexto en el que se la use. El caso es peculiar porque muchos de esos significados suelen ser opuestos entre sí. Por ejemplo, *I'm feeling blue*⁵ se utiliza para manifestar tristeza o melancolía, una cierta especie de depresión leve o abatimiento. Al mismo tiempo, *blue in the face* expresa que se ha llegado a un punto extremo de frustración, irritación o agotamiento como

Traducciones literales: *I'm feeling blue*: me siento azul; *Blue in the face*: azul en la cara; *Out of the blue*: fuera del azul; *Blue movie*: película azul; *Blue laws*: leyes azules.

5 . Traducciones literales: *I'm feeling blue*: me siento azul; *Blue in the face*: azul en la cara; *Out of the blue*: fuera del azul; *Blue movie*: película azul; *Blue laws*: leyes azules.

producto de una discusión. *Out of the blue* quiere decir que algo inesperado o repentino sucedió. Por otro lado, si se dice que una película es una *blue movie*, se deja en claro que es obscena, pornográfica o blasfema. Sin embargo, en otro contexto puede referirse a un posicionamiento político conservador o arcaico, unas *blue laws* serían unas leyes puritanas.

[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] Culturalmente, el azul es el color de la melancolía y la tristeza. Sólo eso. No sé por qué, será por las lágrimas, por el mar. Otras pocas interpretaciones dicen que produce calma. Como después de llorar o el mar sin viento. No quisiera perder un minuto en rastrear el origen cultural de estas asociaciones.

Por alguna razón aleatoria, sí subjetiva e individual pero aleatoria porque es una elección hecha sin mucho fundamento más que el que enuncia la siguiente frase: el azul es mi color preferido porque es el que más me gusta. No hay ningún hecho demasiado racional, calculado, para fundamentar porqué es el color que más me gusta. Tampoco sé en qué momento lo decidí pero es una decisión tomada. Y no es sólo una preferencia, creo que no hay color que me represente mejor, espiritual e intelectualmente, que el azul, ese color que hace algunas frases atrás quedó claramente definido como algo susceptible de ser cualquier cosa dependiendo del contexto, incluso contradiciéndose a sí mismo. ¿Por qué tomé esta decisión que además ahora es irrevocable ya que cualquier intento de modificar mi color preferido tendría sabor a negación o arrepentimiento de lo que pudiese significar que el azul sea mi color preferido?

Tengo que ser honesta, [REDACTED] siempre me he sabido profundamente melancólica, con una tendencia a la introspección que he alimentado a través de los años, al punto

de vivir hoy la mayor parte del día dentro de mí. [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]

[REDACTED] Esta introspección suele redundar en una soledad bastante constante. A mí la soledad me gusta mucho, de verdad me alegra mi compañía. De hecho, creo que porque últimamente me la paso sola y converso mucho en voz alta es que no necesito tanto escribir en un diario íntimo para conocerme. O por lo menos no tanto como antes...y por ahora.

Intuyo, mientras escribo esto, que la razón por la que en el último tiempo mi preferencia por el azul se ha convertido en una verdadera obsesión —no hay día que no lo piense, que no lo busque como si fuese una señal o un refugio— es porque esta retirada interior me ha enfrentado con mi melancolía constante. No es que las cosas no me alegren o que siempre estoy triste, la melancolía no es un estado de ánimo propiamente dicho sino que se parece más a una predisposición del espíritu, una especie de vidrio azul a través del cual se observa.

Sé que puede parecer un error conceptual igualar introspección crónica con melancolía aguda, pero en mi caso cada una me toma de una mano. No es que me crea más sensible que otra gente pero si tengo la tendencia a hacer discurso con esa sensibilidad. Más de una vez tengo la sensación de estar demasiado hacia afuera, muy expuesta a sentirlo todo. *Mi sensibilidad es como la brea para las cosas exteriores; y éstas como plumas: se me pegan. ¿Puedo despojarme de todas? ¿Cuáles penetran, cuáles quedan afuera, como cuerpos extraños?*, escribió Roger Pla en su diario.

Ansiedad: luego de conversar con muchas personas reviso todo lo dicho y me atormento, me agarra una especie de empacho social. Queda clarísimo el porqué de estarme mucho sola en mi casa. Todo me estimula, me suscita reflexiones, y casi no tengo filtro porque hablar a veces también me parece escritura pero después no puedo corregir lo que dije. Qué pensarán los demás, por qué me dejan hablar tanto, después me lamento durante semanas y semanas.

¿La ansiedad podría ser azul? ¡El azul puede ser lo que quiera!
¡Todo al mismo tiempo!

El azul es la certeza ambigua de poder sentir al mismo tiempo todo lo que no se puede expresar.

Trato de proveerme herramientas ante la angustiante verdad de lo inalcanzable: escribir todo no da cuenta de todo.

Me asumo palabra, color, línea, papel, sabiendo que soy sólo una y todas a la vez, muchas que aún no descubro. Que escribo y fotografía y dibujo en un intento por diagramar de la manera más precisa mi pensamiento que se escapa cuando lo estoy pensando.

es el territorio más misterioso del universo, donde todo y nada puede estar ocurriendo al mismo tiempo. Cuerpo que es sombra.

¡Ay, qué delirio!

ficciones innecesarias sobre un tema del que ni sé si tengo idea pero me atrevo a opinar porque total se me da bastante fácil lo de vomitar mi opinión mientras se me va ocurriendo

Paranoia constante de no ser comprendida, incapaz de expresar adecuadamente, de elegir las palabras indicadas para plasmar una idea redonda, redondita que rebota del piso a la pared al techo y no tiene aristas, toda redondita incuestionable.

espero ansiosamente que mis inseguridades no se vuelvan mármol y estatua emplazada en medio del espíritu.

De lo que me propongo, no sé cuánto logro efectivamente, estoy elaborando un soliloquio que me exima de ser juzgada por la arrogancia de mi gesto. Es que ni soy ni quiero ser una teórica intelectual

Solo quise hacer una introducción para que cuando yo escriba que escribo con el pensamiento y que pienso con la escritura se entienda un poco mejor lo que trato de decir. No sé cuánto va a entenderse, ni sé si realmente hace falta. Lo hice porque, por contradictorio que parezca, quería tratar de explicar cómo se siente para mí la escritura desde que sé que no puedo explicarla como la pienso. Desesperada por decir con palabras que las palabras no alcanzan para decir. No todo es susceptible de ser enunciado y con los inenunciables tengo un amorío tormentoso y pleno. Porque a su vez esta imposibilidad se ramifica: me rindo pues todo será fracaso antes de ser intento o busco mil maneras de decir para sugerir con ellas lo inenunciable. Drama de la enunciación.

Tengo una fantasía casi erótica: encontrar una palabra que lo diga todo, que solo baste escribirla para sentirse satisfecha de haber llenado en un segundo y por completo los casilleros del significado, destrabando todos los cerrojos de las incógnitas sobre una misma. ¡Y que quien lea entienda también todo sobre sí! Un movimiento conjunto a partir del cual por fin nos entendemos porque estamos a total disposición de la pluralidad de significados de ella, la única palabra que necesitamos.

[REDACTED], mi deseo está puesto en escribir persiguiendo, guiada por la promesa de un tesoro inventado por mí.

Se me planta ahora una especie de intranquilidad en torno al concepto melancolía. Intuyo que lo uso para referirme a la ambigüedad de un sentir, en vez de usarlo para lo que se supone significa. Lo que me gusta es que no se refiere a un sentimiento solo, no se trata de la tristeza o depresión profunda. Al contrario de lo que creo, la melancolía, según esa bestia patologizante que llamamos psicología, es un cuadro de depresión producido por la ausencia de lo amado. Según parece, puede ser un estado transitorio posterior o concomitante con un duelo, o puede sostenerse en el tiempo. En el caso de esto último, una se convierte en paciente, la medican, tratan de sacarla de ahí pues la psicología decreta que el problema que una está atravesando es la incapacidad de apreciar y disfrutar las cosas buenas de la vida. [REDACTED]

[REDACTED].
Mi problema es mi memoria, que es muy meticulosa para guardarlo todo y demasiado inoportuna al reproducírmelo cuando ya no hace falta ni puedo aprender nada de ello. El alto grado de definición que mi mente ostenta a la hora de archivar imágenes, sentimientos y palabras me hace pensar a veces que es como vivir dentro de una lata⁶, encerrada con todo lo que me pasó, lo bueno lo malo lo triste lo vergonzoso. Aún haciendo el esfuerzo, las cosas que debieran haberme dejado para siempre siguen estando tan presentes como este cuaderno sobre el que ahora escribo. Detrás de mis ojos una y otra y miles de fotografías. En cualquier momento y sin desearlo puedo terminar enterrada hasta las rodillas en plena exhumación de todo lo que he dado por muerto. [REDACTED]

6. Al realizar la transcripción de este texto, la autora se percató que ésta es la segunda vez, y en torno a distintas situaciones, donde usó la analogía de estar viviendo en una lata.

[REDACTED]

No es que yo me considere melancólica como una postura estética de artista escritora perturbada. Solo quería tratar de decir que detento el título de propiedad de hectáreas completas dónde habita todo lo que afuera de mi latita ya es ausencia.

Exprimiendo hasta la última letra, temiendo mucho no saber cuándo parar para no empezar a repetirme o caer en ideas comunes y fallutas, cuidando de responder con sinceridad a la vocecita de mi cabeza que casi instantáneamente y ante lo que sea me dice: si, no, tal vez, tachá, paremos antes de mentir feo en vez de mentir lindo, porque podemos perder todo menos la elegancia.



POLÍTICAS DE LA INTIMIDAD

El ejercicio de la autenticidad sería en cambio una disciplina solitaria y difícil, que requiere esfuerzo, además de coraje, en la que se pone a prueba la fidelidad del diarista a eso inapreciable que llama sensibilidad. No se trata solo de perseverar en sus manifestaciones habituales, sino también de moverse y cambiar, cuando se vuelve necesario, pero únicamente desde su interior. (Giordano, 2011, p. 79-80)

Cada día que pasa estoy más segura que la intimidad es un tema que incomoda profundamente. Si bien es imposible referirse al mundo desde un lugar que no sea el de la propia afección, la intimidad real y descarnada ha caído en un desuso vergonzante. Creo que otras personas encuentran estrategias para disimular lo que les pasa en la tripa

No profeso esa religión. Para mí no hay nada más político, más exuberante de potencia que la intimidad. Desde que tengo memoria los límites entre lo que nuestro y lo íntimo han sido casi inexistentes. Un recuerdo ejemplar: cuando tenía trece años solía aprovechar las visitas de mis amigas para pedirles que leyeran mi diario íntimo, donde relataba cuestiones que las involucraban (el día anterior en la pileta con los chicos que nos gustaban, cosas así), y las incentivaba a agregar en el margen lo que opinaran o creyesen que hacía falta incluir. Escribía sabiendo que iba a mostrárselos pero no por ello dejaba de detallar cada una de mis sensaciones, no me daba pudor y ahora que lo pienso quizás era mi manera de confesarles lo que me pasaba, con la escritura como distancia. A su vez, ellas no se resistían a incluirse en mi relato de intimidad. (Me levanto de la silla, busco los diarios, descubro que luego de un tiempo releía lo escrito y lo comentaba en el margen de la hoja, una y otra vez).

siempre fui muy sensible y pocas veces me quedé con algo dentro. Si no podía darle voz lo hacía palabra escrita.

hacer externa la intimidad puede hacerte abrir la guardia. Hay quienes incluso consideran que es estar dispuesta a que se use tu opinión contra vos misma. Hacer de mi intimidad discurso, escritura, señalamiento, es un acto de coraje porque me ilumina como un reflector, habilita al resto a dar su opinión sin siquiera reconocer que eso que piensan es su manera de afectarse conmigo,

Lo que no parece ser tan evidente es que no hay otra manera de estar viva. Pararse y decir: esta es mi sensibilidad, así pienso y me da miedo que crean que lo tengo resuelto solo porque le doy forma de palabras, que piensen que me preocupa incomodarlos y que esa no es mi intención, que no vean que en un mundo donde los pasacalles nos dictan el espíritu, decir desde adentro tiene potencia de bomba casera. Sueño con un mundo que es la pesadilla del mundo.

No crean que no experimento vértigo, el abismo más grande es el que presencio cuando escribo y borro con el codo la frontera mientras escucho detrás mío pero en el futuro, una horda embravecida que viene a sepultarme con diccionarios de la RAE y muchos libros bien escritos, de teoría o de literatura pero no lo que está en el medio, que en qué cajoncito me ponen, ¿al final vos no eras artista visual?

A veces, la sensación de potencialmente ser leída (y criticada) — juzgada por pasearme desnuda sin poseer el cuerpo para hacerlo, esa es la imagen que siento— me acobarda tanto que debo hacer un esfuerzo por pensar que tengo todo el poder sobre lo que escribo. Imagino que nunca lo exhibo, que queda acá guardadito...pero suele ocurrir

la palabra como flecha que corta el aire.

Olvidarme, olvidarme de otros interlocutores salvo este cuaderno que me sirve para hablar más que nada conmigo y eso es mucho mejor que todo porque así me conozco, me aconsejo, pensar escribiendo, hablar escribiendo. Olvidarme, olvidarme de los gestos de desaprobación que imagino, dedicarme solo a escribir y pensar y sentir a pesar del mundo. Olvidarme, olvidarme y dejarlo acá inmortal para que se pueda pasar de página hacia quien sabe dónde. Olvidarme, olvidarme de mí misma haciendo y diciendo para poder concebir el sueño a un horario que me siente bien, despertar temprano y disfrutar de la mañana que tanto me gusta. Olvidarme, olvidarme de las viejas reglas que me inventé y que, obsoletas, me impiden unas nuevitas relucientes más acordes. Olvidarme, olvidarme besos, canciones, fotografías, esquinas y la lluvia de Buenos Aires caminando por Corrientes durante horas pensando en no pensar. Y sobre todo olvidarme para hacer espacio, dejar de llorar por la leche derramada, posibilitar fantasías desacartonadas, apagar la película ni bien empiezan a sonar violines, decirme que todo va a seguir estando en el mismo lugar aunque me vaya, que solo yo puedo sintonizar algo que no sea un tango, abandonar la arrogancia de creer que la gente estúpida y despreocupada es dueña del paraíso, no gastar pólvora en chimangos, excomulgarme de la Santa Iglesia de controlarlo todo, pararme en el claro del bosque y crear un camino donde mi propia narrativa no esté al acecho, dibujar o sacar fotos o escribir sin ser de esa gente que te explica la película mientras la ves, sacarle la lengua a los que no entendieron para que se confundan peor, saber que dentro de unos años me va a dar un poco de vergüenza leer esto, hacer de este libro una bomba que ¡PUM! y que se acuerden todos menos yo.

Que me olvide completamente y todas estas prótesis sean la memoria.

debiera construir la silla sobre la que habitar, con los remaches necesarios, las capas de pintura, los signos del tiempo y el uso que una le ha dado. Y que al momento de la muerte, los ritos involucren a esta pieza de mobiliario, poniéndola como lápida, sin necesidad de epitafio para describir lo que la silla está allí para enunciar. Extensos campos de verde pasto y sillas.

En cambio, habitamos una existencia donde escribir o dibujar es para los avezados. Por eso las personas ven dibujos de [REDACTED] y dicen “mi hijo de cinco años podría haber hecho eso”. [REDACTED]

[REDACTED] yo veo el gesto desafiante que les incomoda, el trazo que les dice: ustedes también pueden dibujar lo que quieran.

Hace falta dibujar por dibujar, obedecer las ordenes del movimiento que sabe donde quiere ir, deshacerse de la imagen de la idea y que solo quede la idea. El dibujo como trayecto hacia lo que aún no ha sido dicho. Irse lo mas lejos posible de la realidad andando sobre el trazo⁷, habitando el gesto que muere todo el tiempo. Creo en dibujar lo que se me cante, en escribir lo que me venga en gana. No sé si lo hago bien o mal, hago un esfuerzo por olvidarme de esos parámetros⁸. No existe escribir bien o mal por más que se hayan inventado reglas y más reglas. Existe escribir o no hacerlo. Dibujar o no.

Me obsequio un trato para con mis ideas que consiste en tenerles siempre la puerta abierta, esperando que me digan qué precisan al cruzar el umbral.

7 . La autora cree competente destacar que no sólo se dibuja con un lápiz sobre papel. Dibujar puede ser un baile o el trayecto hacia la verdulería, cualquier acción cotidiana.

8 . En verdad, difícilmente la autora puede desprenderse de la evaluación y crítica constante de sus prácticas.

Quizás la existencia fuese menos infructuosa si en las currículas escolares se quitara “Educación cívica” y se pusiera en su lugar una materia donde sólo te dieran tiempo de hacer lo que quisieras, incluso si eso que querés es dormir o mirar el techo. Quizás habría que abolir la escuela, ya que estamos pidiendo imposibles. Creo que ahí es donde las cosas empiezan a salir del todo mal. [REDACTED]

[REDACTED]

En vez de memorizar el preámbulo de la Constitución, deberías poder hacer piel ideas fundamentales para la existencia, recursos éticos y prácticos. Deberías aprender a cultivar el autoconocimiento, a saber qué compone con tu cuerpo en vez de que te digan qué es bueno y qué es malo. Quizás así, escribir o dibujar no serían sólo un territorio para el desarrollo profesional sino prótesis existenciales en las que afirmarte ante la vida y la muerte.

Cada día creo más que en la escuela te enseñan a no servir para vos misma, a no incomodar, a saber cuando callarte, y el resto del mundo no hace mas que ofrecerte una latita para que hagas tu vida ahí, que es donde precisamente estás sentada cuando con melancolía pensás que cuando eras chica te encantaba dibujar.



ESCRIBIR/ PENSAR

En estos últimos días de tanto y tanto escribir todo junto, noté que algo se repetía varias veces. La escritura necesita ser convocada como en una sesión espiritista. Solo la escritura puede atraer a la escritura.

Hay momentos donde dibujo palabras sobre este cuaderno y las tacho, una frase atrás de otra, páginas enteras. Me asqueo con mis obviedades, clichés, lugares comunes [REDACTED]. Y no es que quiera ser originalísima, [REDACTED] me repugna por su falta de ímpetu y, por ende, no soy yo. Pero escribir durante varios minutos así, incluso dejando pasar algunas cosas aburridas (ya tendré tiempo de eliminarlas después, me digo) [REDACTED] me da la llave pequeñita [REDACTED] la zambullida en la escritura, que es lo que busco. No sé si es que hace falta que entre en calor la mano, que corra sangre por el cerebro, que se disipe la sensación de hiper conciencia de mí misma como hormiguita en este mundo. Solo sé que llega, aunque no siempre reúno todas las condiciones para recibirla y me rechaza, dejándome sola en una habitación húmeda con la vergüenza de haber escrito para nada, de no haber temblado por la velocidad que mi muñeca no logra alcanzar. Esas son las cosas que de verdad me dan pudor que se lean porque para mí es tan obvio que son porquerías que no me hicieron sentir ni una oruga pre-mariposa, me siento expuesta. Y no se trata de que sea una idea que no supe expresar y luego encontraré la manera. Es una mala idea, ¡no!, es la ausencia de idea.

Solo escribo para sentir lo que la escritura me hace sentir.

CONCLUSIÓN

*Pero basta tirar de la telaraña en los bordes
o desgarrar el centro para recordar que
esas telas no han sido tejidas en el aire por seres incorpóreos,
sino que son trabajo de criaturas dolientes,
y que están ligadas a cosas burdamente materiales,
como la salud y el dinero y las casas en que vivimos.*

Virginia Woolf

*La poesía se hace con las palabras
que todos los días encuentran sentido en lo cotidiano*

Tamara Kamenszain

Si algo atraviesa a los tres trabajos presentados, si tienen elementos en común, ciertamente no se trata de aspectos técnicos y materiales ni de cuestiones formales. Si los montara en un mismo espacio de exhibición, probablemente parecerían los trabajos de tres personas distintas, lo cual no sería una idea tan descabellada si se tiene en cuenta que, al tratarse de obras tan profundamente relacionadas con el conocimiento de sí, son un registro de un período específico de mi vida. El tiempo del hacer y el tiempo de la existencia son, sin dudas, lo que las relaciona.

El hilo que une a los trabajos, constituyéndolos como una línea de tiempo y como un relato, es mi investigación y trabajo sobre mí misma, que a su vez se relaciona íntimamente con el desarrollo de un sistema propio de trabajo. De esta manera, la red que he ido tejiendo se sostiene en igual medida de mi pasión por la lectura, la escritura

íntima de mis diarios, la memoria, el estudio de prácticas filosóficas para la existencia, el dibujo y las labores históricamente asignadas a las mujeres como el bordado, el tejido, la costura. Considero que lo que esa telaraña busca atrapar una y otra vez, es el acceso a un modo de ser que se desprenda de un ejercicio cotidiano sobre mí misma.

Estos trabajos, presentados en orden cronológico, dan cuenta del contexto personal en el que se realizaron (la desilusión amorosa, la muerte de mi abuela) a la vez que manifiestan la complejidad de la confluencia de los elementos en los que se apoya la telaraña, hasta llegar al punto donde el proyecto se basa en la relación personal de quien hace con su hacer, evidenciando la ausencia de jerarquías: mi enfoque ha ido centrándose cada vez más en volver indistinguibles las fronteras entre el arte y la vida cotidiana, a la vez que me posiciono bajo la certeza de que no hay trabajo más importante que el de construir una estética de la existencia.

BIBLIOGRAFÍA

ARIÈS, Philippe (2007). *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.

AUGE, Marc (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

BAUDRILLARD, Jean (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.

BELLATIN, Mario (2008). *Condición de las flores*. Buenos Aires: Entropía.

(2012). *El libro uruguayo de los muertos*. México, D.F.: Sexto Piso.

BERGER, John. (2011). *Sobre el dibujo*. Barcelona, España: Editorial Gustavo Gili.

BLANCHOT, Maurice (1955) *El espacio literario*. Barcelona: Paidós.

(1994) *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós.

(1990) *La escritura del desastre*. Venezuela: Monte Ávila.

GROYS, Boris (2014). *Volverse público. La transformación del arte en el ágora contemporánea*. Buenos Aires: Caja Negra.

BOURRIAUD, Nicolas (2008). *Estética relacional*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

DEL RIO, Claudia (2016). Ikebana política. Rosario, Argentina: Iván Rosado.

FOUCAULT, Michel (1981). Esto no es una pipa. Barcelona, España: Anagrama.

(2008). Tecnologías del yo y otros textos afines. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

(2011). La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France (1981-1982). Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

(2008). Tecnologías del yo y otros textos afines. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

GARRAMUÑO, Florencia (2015). Mundos en común. Ensayos sobre la inespecificidad en el arte. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GIORDANO, Alberto (2011). La contraseña de los solitarios: diarios de escritores. Rosario: Beatriz Viterbo.

(2011). Vida y obra: otra vuelta al giro autobiográfico. Rosario: Beatriz Viterbo.

GUASCH, Ana María (2011). Arte y archivo: 1920-2010. Genealogías, tipologías y discontinuidades. Madrid, España: Akal.

KAFKA, Frank (1975). Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero. Buenos Aires: Alfa.

KAMENSZAIN, Tamara (2020). Libros chiquitos. Buenos Aires, Argentina: Ampersand.

RUIDO, María (2002) Ana Mendieta. Euskal Herria: Nerea.

PIZARNIK, Alejandra (2010) Diarios. Buenos Aires, Argentina: Lumen

INDICE

Prólogo.....	7
Cobijo.....	13
Asuntos pendientes.....	21
Cuaderno azul chiquito.....	45
Conclusión.....	83
Bibliografía.....	85

